La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 27 de enero de 1908 — Núm. 1.361

EL HURACÁN (Plaza de la Concordia, en París), dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

SUMARIO

Texto.—*Revista Hispano Americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *La mesa de Luis Eguilaz en el café de la Iberia*, por Carlos Cambronero. – *Galería de los Uffizi de Florencia*, colección de auto-retratos de artistas célebres. – *París. Expulsión de las hermanas Agustinas del Hospital General.* – *La rueda autoneumática para automóviles.* – *De Marruecos.* – *Excelentísimo Sr. D. Manuel Estrada Carrera*, presidente de Guatemala. – *Guillermo Busch*, caricaturista alemán. – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *Alegre*, novela ilustrada (continuación). – *Una planta que predice el tiempo*, por Haroldo Shepstone. – *París el accidente del lago del Bosque de Bolonia.*

Grabados.—*El huracán*, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge. – Cabecera de N. Vázquez para el artículo *La mesa de Luis Eguilaz en el café de la Iberia.* – *Retrato*, pintado por Juan Lavery. – *En la playa*, cuadro de la señora Coulin. – *Galería de los Uffizi de Florencia*, colección de auto-retratos de artistas célebres. – *Expulsión de las hermanas Agustinas del Hospital General de París* (de fotografía). – *La rueda autoneumática.* – *Marruecos. La artillería de Muley Hafid en el Machuar de la ciudad de Marruecos.* – *Una revista del ejército de Muley Hafid* (de fotografía). – *Madre é hijo*, copia del célebre cuadro de F. de Kaulbach. – *Excmo. Sr. D. Manuel Estrada Carrera*, presidente de Guatemala, retrato.. – *Guillermo Busch*, idem. – Dibujos de Cutanda que ilustran la novela *Alegre.* – Cuatro grabados referentes á la Planta que predice el tiempo. – *París. El accidente del lago del Bosque de Bolonia. Trabajos para extraer los cadáveres del agua*, de fotografías de M. Rol y C.ª

REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Dominicana: Exposición nacional: la cuestión de la deuda. – *México:* su hacienda: ferrocarriles y puertos: los yanquis en la bahía de la Magdalena. – *Centroamérica:* el convenio de Amapala: los resultados de la Conferencia de Wáshington: el Tribunal internacional permanente. – *Ecuador:* la conmemoración de la Independencia: el ferrocarril de Quito y los yanquis. – *Paraguay:* la cuestión de límites con Bolivia: el Banco del Estado. – *República Argentina:* la cosecha de este año.

Gran importancia dan los dominicanos á la Exposición Nacional de Agricultura, Artes é Industrias que se inauguró en Santo Domingo en agosto último. Han concurrido á ella, no sólo agricultores, artesanos é industriales, sino también los artistas: pintores, escultores, etc., y de modo indirecto los literatos, tomando parte en públicos concursos convocados con motivo de dicha Exposición. Ha sido, pues, ésta reflejo exacto y completísimo de toda la vida material é intelectual del país.

La cuestión de la Deuda pública no acaba de resolverse. El Congreso pone dificultades al proyecto de reglamento que aceptaron los tenedores de los bonos de empréstitos extranjeros, piden éstos que se les reparta sin más demora el producto de las aduanas, y el agente ó delegado yanqui en Santo Domingo propone el reembolso de los créditos, reducidos al 50 por 100, pagando en metálico la quinta parte y el resto en obligaciones al 5 por 100.

***

La Hacienda mexicana sigue en auge. En el año fiscal de 1906-7 quedó un saldo á favor del erario de 29.209.500 pesos, el mayor superávit alcanzado desde 1895 96.

En 12 años, desde 1895 96, los excedentes anuales suman 111.500.000 pesos. De ellos se han gastado 38.500.000 fuera del presupuesto en grandes obras de utilidad pública, obedeciendo á leyes especiales que ordenaron que se dispusiese de las reservas del Tesoro para dichos fines. El resto de los excedentes está incluído en las existencias disponibles, de las que faltan por invertir en las obras que se ejecutan con cargo á las mencionadas reservas, unos 23.000.000 aproximadamente.

Las tres clases de deuda pública (pagadera en moneda extranjera, en moneda mexicana, flotante), ascendían en total, en junio de 1907, á 444.530.000 pesos; 2.230 000 menos que en 1906.

El capital extranjero empleado en el país, en bancos, hipotecas, industrias, minas, propiedades y ferrocarriles, se acerca á 90.000.000 de pesos, sin contar el que representan máquinas, mercancías y títulos de la Deuda mexicana comprados por extranjeros.

En la construcción de ferrocarriles y puertos reina gran actividad. El tráfico en la nueva línea de Tehuantepec ha tomado tal importancia, que el gobierno aspira á poder limitar el servicio de aquélla al comercio internacional, llevando el que se hace entre una y otra costa de México por Veracruz y el ferrocarril del Pacífico. Se van á realizar grandes trabajos en el puerto de Progreso, el principal de la costa del Yucatán; habrá que nivelar y cimentar el fondo del mar, llevando á cabo considerables dragados, como se hizo en Coatzacoalcos y Salina Cruz.

En la costa del Pacífico, un puerto mexicano ha pasado, por arrendamiento ó cesión temporal, á poder de los yanquis. El recelo que éstos sienten ante las eventualidades de una guerra con el Japón les lleva á buscar puntos de apoyo en aquel litoral. Allí, en la costa Oeste de la península de California, hay un puerto magnífico, la bahía de la Magdalena, uno de los más espaciosos y seguros de la tierra. México lo ha cedido á los Estados Unidos, autorizándoles para tener en él dos buques carboneros durante tres años: el gobierno de Wáshington se compromete, por su parte, á hacer igual concesión en alguno de sus puertos á México, si esta República lo solicitare. Se considera el convenio á que nos referimos como una consecuencia de la visita que el ministro yanqui Mister Root ha hecho recientemente al presidente Díaz.

En México, y sobre todo en la Baja California, ha producido mal efecto el tal convenio. «La noticia—escribía un californiano—ha caído en nuestros corazones como un torrente de acíbar, por más que ya la esperábamos; la pérfida visita de Mr. Root no ha sido el preludio, sino la confirmación de esta gran desgracia nacional... El primer encuentro entre el soberbio gringo y el valiente triunfador nipón lo perderá irremisiblemente México.» No entendemos la razón de este último concepto. Si el nipón triunfa, México será quien gane. En poder de los Estados Unidos el gran puerto de la Magdalena, la marina japonesa tendrá derecho para forzarlo y apoderarse de él. México abre asi ancha puerta al adversario de los yanquis para invadir con su ejército, con sus inmigrantes y con *sus auxiliares* todo el litoral Norte del Pacífico.

***

El correo de Centroamérica nos ha traído el texto del convenio de Amapala que subscribieron el 6 de noviembre los generales D. Fernando Figueroa, presidente de El Salvador, D. J. Santos Zelaya, de Nicaragua, y D. Miguel R. Dávila, de Honduras. Es otro más entre los varios pactos de amistad que se vienen celebrando en estos últimos años, con escasa ó ninguna eficacia, pero que responden á un estado de opinión favorable al propósito de unificar ó confederar las cinco Repúblicas.

Los presidentes reunidos en Amapala declararon en vigor las relaciones fraternales de los tres pueblos hermanos, y vigentes todos los tratados que mantengan la amistad y buena armonía entre los expresados pueblos. Para dar mayor solidez á todo lo estipulado, acordaron celebrar un Congreso de paz Centroamericano, compuesto de un representante por cada una de las Repúblicas de Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala, congreso que deberá reunirse en Amapala inmediatamente después de terminadas las Conferencias de Wáshington, ó en fecha posterior si así lo determinaren: en esa reunión se celebrarán además nuevos tratados de paz, amistad y comercio, que resuman los anteriores, con mayor amplitud, y vengan de esta manera á unificar el Derecho internacional de Centroamérica.

Los gobiernos y los pueblos interesados conceden gran valor á este convenio. Según el *Diario Oficial* de El Salvador, la concordia que presidió á la conferencia y á los nobles y elevados fines que perseguían los presidentes, constituye prenda segura de paz y augura una era de bienestar y de progreso en la cual podrán desarrollarse, con amplitud de miras, con criterio sereno y reposado, las fuerzas vitales de esos pueblos, llamados por su actividad y energía á un brillante porvenir.

Las conferencias de Wáshington antes citadas, y á las que hemos aludido en precedentes *Revistas*, han dado ya sus resultados. Terminaron el 20 de diciembre con la firma de varios tratados, á saber: de extradición, de establecimiento de una Oficina de asuntos centroamericanos (ya se había pactado esto en julio de 1906), de intereses financieros, de vías de comunicación, de paz y amistad, de arbitraje, y el relativo al Tribunal internacional permanente que habrá de fallar en cuantas cuestiones sobrevengan entre los cinco Estados.

No se ha llegado, pues, porque no era posible llegar ahora, á la unión ó confederación centroamericana; pero se ha dado un gran paso hacia ella constituyendo ese Tribunal que podrá en lo sucesivo evitar toda guerra. Verdad es que anteriormente se había creado Tribunal análogo por virtud del pacto de Corinto de 1902, al mismo fin tendía el Tratado general centroamericano de 1902, y ni uno ni otro han servido para impedir las guerras. Pero en ellos no entraron las cinco Repúblicas, pues en el primero faltó Guatemala y en el segundo Nicaragua, y ahora se han convencido los cinco Estados, y sobre todo, hay la especial circunstancia de que lo han hecho bajo los auspicios de las dos grandes naciones, México y los Estados Unidos, á quienes se debió la Conferencia de Wáshington.

Lógico es, pues, confiar en que el nuevo Tribunal será verdadera garantía de paz en Centroamérica.

***

Las Repúblicas hispano-americanas van á cumplir pronto el primer centenario de su vida, y todas ellas se preparan á celebrarlo en una ú otra forma. El Ecuador lo hará con una Exposición Nacional que ha de abrirse en Quito en agosto de 1909. Con este propósito coincide la iniciativa de algunos ilustres ecuatorianos para que desaparezcan del himno patriótico ciertos conceptos tan ofensivos como injustos para España. Los odios pasan, la verdad se impone al fin, y ningún hispanoamericano que se estime en algo puede ya pronunciar, sin avergonzarse de sí mismo, frases que lastiman el honor y la dignidad de sus antepasados.

La situación política parece que se normaliza, á juzgar por las últimas noticias. El presidente señor Alfaro se ha visto muy combatido, pero se mantiene en el poder y prosigue el desarrollo de su programa de reorganización administrativa. Alguno que otro disgusto le proporcionan los yanquis, formulando protestas en el tono que acostumbran cuando se trata de potencias débiles. Porque el gobierno del Ecuador procura que la empresa del ferrocarril de Quito cumpla sus compromisos, la cancillería de Wáshington da por expoliados en su propiedad y en sus derechos á los ciudadanos norteamericanos que figuran en dicha empresa. Ésta ha cobrado ya, por adelantado, cuanto debía dársele, y no termina la construcción del ferrocarril; el gobierno ecuatoriano reclama y pide que se constituya el tribunal de árbitros, con arreglo á la ley del contrato, y en el acto surge la voz amenazadora de mister Fox para substraer á sus conciudadanos del deber moral y legal de cumplir lo pactado.

***

Un año hace que plenipotenciarios del Paraguay y de Bolivia firmaron el compromiso por virtud del cual ambas Repúblicas debían someter al arbitraje del presidente de la Argentina la cuestión de límites entre aquéllas. Hubo después dificultades para llegar al acuerdo definitivo; mas por fortuna el asunto entró de nuevo en vía amistosa y está nombrada ya, desde septiembre último, la comisión paraguaya que ha de procurar la solución del conflicto. El Dr. don Manuel Domínguez es el plenipotenciario especial encargado de ajustar el tratado de límites y arbitraje con el plenipotenciario boliviano, y al Sr. D. Fulgencio R. Moreno incumbe ordenar los títulos y redactar la exposición de los derechos del Paraguay á los territorios en litigio.

El actual gobierno pone gran interés en mejorar la situación financiera. El tipo oficial del oro sigue manteniéndose en 1.150 por 100, poco más ó menos, según consigna diariamente, para los efectos del pago de los derechos aduaneros, el *Diario Oficial* de la República. Dentro de pocos meses han de variar las circunstancias, pues el Congreso ha aprobado la constitución de un Banco del Estado, cuyo establecimiento fué objeto de un acuerdo *ad referendum* entre el gobierno y un grupo de banqueros franceses. Dicho Banco empezará á funcionar en abril próximo y dispondrá de un fondo de reserva en oro, con arreglo al cual habrá de fijarse el tipo del cambio.

***

La cosecha de este año en la República Argentina es colosal; supera á todas en cantidad y calidad. Por esto mismo va á lucharse, aun en mayor escala que en años anteriores, con la falta de brazos para recoger el producto, con la de vagones para transportarlo y con la insuficiencia de los puertos para embarcar los cereales á medida que vayan llegando. Las dos primeras dificultades podrán acaso dominarse, porque las máquinas segadoras y trilladoras ahorran muchos brazos y porque las empresas de ferrocarriles están adquiriendo nuevo material móvil; pero las malas condiciones de los puertos requieren obras de consideración, que no pueden improvisarse, y son inevitables los trastornos que sufrirá la exportación por incapacidad de aquéllos para las operaciones de carga. Con este motivo, la prensa del país protesta contra la desidia de los centros oficiales, que no procuran el oportuno remedio de daño ya conocido y previsto.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LE BOUQUET DE LA MARIEE Nouveau Parfum DE VIOLET

LA MESA DE LUIS EGUILAZ EN EL CAFÉ DE LA IBERIA

En un caserón destartalado, con entrada por la Carrera de San Jerónimo y accesorias á la travesía de Gitanos, hoy calle de Arlabán, hallábase establecido en Madrid, hace cuarenta años, el renombrado café de La Iberia, punto de reunión de políticos, escritores y toreros. Tenía el café dos salones con puertas á la Carrera; uno pequeño con reja además, junto á la cual se sentaban los discípulos de Montes y del Chiclanero; y otro de grandes dimensiones que comunicaba en su fondo con un patio al que habíamos convenido en llamar jardín y que se abría al público durante la temporada de calor. El café era frecuentado únicamente por el sexo feo; pero en verano acostumbraban las señoras á entrar en el jardín para tomar sorbetes, quesitos helados y la clásica leche amerengada, artículo en que este café hacía la competencia al de D. José Pombo, situado en la calle de Carretas.

El salón grande tenía dos puertas, y de éstas, la que estaba próxima á la casa número 31 permanecía cerrada en invierno; tras sus cristales se hallaba un velador grande, al que se sentaba todas las tardes el poeta Luis Eguilaz con buen golpe de amigos y con tertulios, renovados periódicamente según los quehaceres de cada cual.

Uno de los más asiduos era D. Ramón Rodríguez Correa (Correíta le llamaban), escritor notable, pequeño de estatura, de buena imaginación, de claro talento y gracioso como pocos.

Cuéntase de él que, lamentándose cierto editor, corto de alcances, de que no había nada aceptable, ningún pensamiento nuevo digno de editarse, díjole Correa:

—Yo tengo uno que sería una mina de oro.

—Cuál es.

—Lo diré con una condición. Ponga usted un billete de quinientos reales sobre esa mesa; yo le digo mi pensamiento. Si no le agrada á usted, el billete es mío, y si le agrada también, pero en este caso me comprometo á escribir lo que he pensado.

El editor, después de vacilar un rato, hizo lo que le pedía Correa y éste entonces le dijo:

—Todo asunto religioso tiene buen éxito en España. ¿No es así? Pues bien, yo le propongo á usted la publicación de *la continuación de la Biblia hasta nuestros días.*

Los amigos de Correa fingiéronse muy admirados y el editor, medio atontado por la misma extravagancia de la proposición, aceptó el trato.

Correa se embolsó el billete, con lo que pudo salir de algunos apuros, y ofreció escribir la *obra;* pero algunos días después tuvo algún dinerillo y, como era un hombre honrado, devolvió los veinticinco duros al editor diciéndole que habiéndolo pensado bien, desistía de escribir la continuación de la Biblia.

No se hubieran atrevido todos los concurrentes á la mesa de Eguilaz á sostener que cuantas anécdotas contaba Correíta estuvieran enteramente ajustadas á la verdad; pero muchas se comprobaron después por referencias de otras personas, y respecto de la que voy á referir se dijo luego que el mismo que había sido objeto de la broma había asegurado la certeza del hecho.

D. Antonio Ferrer del Río, autor de la *Historia de Carlos III* y de *Levantamiento de las Comunidades de Castilla,* era hombre de aventajada estatura, buen diente, mucha panza y excesivamente aprensivo, circunstancia esta que es preciso tener en la memoria. Contaba Correíta que una tarde de primavera varios amigos, capitaneados por el ex oficial de coraceros Narciso Serra, autor de *Don Tomás* y de *El amor y la Gaceta,* formaron complot para dar una broma al susodicho Ferrer del Río, escalonándose desde la Puerta del Sol á la Cibeles, trayecto que D. Antonio había de recorrer para dar su cotidiano paseo. Acercósele primeramente Serra, y después de los saludos acostumbrados, le preguntó, afectando naturalidad:

—¿Qué tiene usted en el ojo derecho?

—Nada, contestó Ferrer del Río, porque, en efecto, tenía bueno y sano el ojo derecho; pero instintivamente se frotó con las yemas de los dedos la parte indicada.

Despidióse el bromista, apareció un segundo, hizo la misma pregunta á D. Antonio y dió éste la misma contestación, frotándose repetidas veces el ojo.

Todos los del complot fueron apareciendo sucesivamente, todos repitieron la pregunta, el buen señor no dejó de frotarse como la primera vez, y cuando llegó á la Cibeles tenía, en efecto, el ojo derecho irritado y lloroso. La aprensión le duró gran parte de la noche, hasta que le confesaron la broma para tranquilizarle.

Otra tarde se contaron anécdotas de teatro, y habiendo tomado la palabra D. Antonio Pizarroso, nos relató un episodio que produjo animada discusión durante largo rato.

Este Pizarroso era ya viejo, estaba de *barba* en la compañía de Manuel Catalina, sabía representar el teatro del siglo XVII y era aficionadísimo á la tragedia, al tanto de que le oí decir una vez: «A mí me gusta declamar el verso endecasílabo y si puede ser, suelto.»

Contó Pizarroso que representando el inolvidable Julián Romea en una capital de Andalucía el drama de Eulogio Florentino Sanz *Don Francisco de Quevedo,* cuando se acerca el protagonista al farol, en la escena IV del acto primero, para leer la carta de Margarita de Saboya, se aproximó el papel á los ojos, demostrando así que era miope. Algún tiempo después fué á la misma población otro actor cuyo apellido se me marchó de la memoria, y queriendo diferenciarse de Romea y demostrar que *tenía detalles,* en vez de aproximarse la carta, la separó de los ojos, alargando el brazo como si fuera présbite, cosa que gustó, añadía Pizarroso, y que le valió la felicitación de los abonados.

Ahora bien; ¿cuál de los dos actores estuvo en lo cierto?

Duró la discusión, como digo, largo rato, sin que se viniera á un acuerdo, hasta que la intervención del erudito D. Manuel Cañete, que entró entonces en el café, vino á dirimir la polémica.

—Quevedo, decía Cañete, era corto de vista, según el parecer de mi buen amigo D. Aureliano Fernández Guerra, pues en la sátira á la mundana Belisa, cuando el autor hace su propio retrato, comparándose con las prendas, defectos morales y circunstancias de la dama, escribe:

«Son como tu vestido mis dos ojos,
rasgados, *aunque turbios,* como dices,
serenos, aunque tengan mil enojos.»

Turbios son los ojos del miope y no los del présbite, es decir, del que ve bien de lejos. Quevedo aparece con los anteojos, á que dió nombre, en todos sus retratos, excepto en el grabado de Juan Noort, el cual grabado, dicho sea entre paréntesis, no le gusta á D. Aureliano; el retratarse con anteojos prueba es de que los usaba constantemente, circunstancia que sólo concurre en los cortos de vista, y no se da en los de vista cansada; ergo Quevedo era miope, y *es falta de ilustración sostener lo contrario,* como dice D. Hermógenes en la conocida comedia de Moratín.

Otra tarde contó el poeta Carlos Coello un caso que venía á poner de relieve su buen talento.

El actor Manuel Catalina que, como todos sabemos, vestía con exquisita elegancia, era excesivamente pulcro en la limpieza de su persona. Este antecedente es de indispensable necesidad hacerlo constar, porque en él estriba precisamente la causa ocasional de la anécdota.

Compuso Coello un drama en tres actos, titulado *Roque Guinart,* basado en el conocido episodio de la segunda parte del «Quijote.»

El drama, escrito en concienzudos y armoniosos versos, no carecía de mérito y se hizo aplaudir justamente, merced á algunas escenas bien presentadas y de grande efecto; pero en general no logró satisfacer por completo al público, y duró poco tiempo en los carteles.

Volvamos á nuestro cuento, que no es cuento, sino sucedido. Escribió, pues, Coello su drama; habló de él á Manuel Catalina, empresario á la sazón del teatro Español, y quedaron uno y otro citados para verificar su lectura una tarde en la Contaduría, establecida en el local que actualmente ocupa el llamado Saloncillo.

La Contaduría era una habitación destartalada y sucia, con dos ó tres mesas de vejez supina, unos sillones desvencijados, un armario de mal pintado pino y unas banquetas de mugrienta gutapercha.

Carlos Coello leía detestablemente y no sabía matizar sus versos, recitándolos siempre con monótona ampulosidad; pero tenía habilidad, gracia y gusto para intercalar apostillados con objeto de explicar pasajes, escenas y pensamientos; así es que no quería encargar á nadie de la lectura de sus producciones dramáticas, tanto más cuanto que su letra era tan diminuta y enlazada, que sólo el autor se consideraba capaz de descifrarla, ofreciéndosele en algún caso grandes dudas para leer lo que él mismo había escrito.

Reuniéronse una tarde en Contaduría el poeta y el empresario con el indicado objeto, y mientras Coello leía las primeras escenas de su drama, Catalina, que jugaba distraído con los utensilios de escribir que tenía al alcance de la mano, hubo de mancharse de tinta entre la uña y la yema de un dedo, percance que, dada la pulcritud de que se ha hecho mención, le contrarió notoriamente. Untóse de saliva la parte manchada, restrególa repetidas veces por el forro de la levita, y viendo que esto no le producía el resultado apetecido, ni fijaba su atención en lo que Coello leía, ni le era dable ocultar la desazón que le ocasionara el incidente, de poca importancia para otro que no fuera amante esclavo de la limpieza personal como Manuel Catalina.

Coello notó el disgusto de que se hallaba poseído el empresario, y comprendiendo que esto podría ser de funestas consecuencias para el efecto que el drama había de producir en el ánimo del que escuchaba, cerró el ejemplar, y encarándose con D. Manuel exclamó:

—Se suspende la lectura hasta que le traigan á usted un limón y se lave esa mancha de tinta.

Negóse el interesado á esta dilación; pero tanto insistió Coello, que Catalina accedió por fin y se lavó repetidas veces con el limón, consiguiendo que desapareciese la mancha ó que por lo menos quedara imperceptible.

Cuando se acabó la lectura del drama, contaba Coello que D. Manuel Catalina le puso la mano en el hombro con cariñoso ademán y le dijo:

—Usted es muy joven y quizá no conozca bien al público todavía; pero en cambio conoce usted al empresario.

Pasábamos bien la tarde y nos ilustrábamos los concurrentes á la mesa de Luis Eguilaz en el café de La Iberia.

CARLOS CAMBRONERO.

(Cabecera de Nicanor Vázquez.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

IV

Antonio Moor.—Nació en Utrech en 1512 y murió en Amberes en 1578. Los progresos que realizó en sus primeros estudios artísticos valiéronle la protección del cardenal Granvelle, que le procuró los medios para que pudiera perfeccionarse en Italia, logrando después se le nombrase pintor de Carlos V. Éste le envió á Portugal, en donde hizo los retratos de los soberanos, quienes le colmaron de presentes. De regreso de aquel país, encargóle el emperador varios trabajos importantes, trasladándose á Inglaterra, en donde pintó el retrato de la reina María Tudor, que le señaló una pensión. Establecido en los Países Bajos, colmóle de beneficios el duque de Alba. Aunque á los retratos debió la reputación de que gozó, justo es mencionar, entre otras producciones, sus cuadros titulados *San Pedro* y *San Pablo, La Resurrección* y *Jesucristo subiendo á los cielos,* que son dignos de su buen nombre.

Jacobo Robusti.—Hijo de un tintorero, á cuya circunstancia debió que se le apellidara el *Tintoretto,* nació en Venecia en 1512 y falleció en la misma ciudad en 1594. Dedicóse en los primeros años á dibujar con grande ahinco, estudiando también la anatomía. Distinguióse este preclaro artista por su extraordinaria inventiva, por la acertada aplicación del claroscuro y por sus condiciones de buen colorista. Cuantiosa fué la labor que realizó durante el largo transcurso de su existencia, poseyendo obras importantes suyas Venecia, París, Dresde, Munich, Madrid, Viena, etc., etc., mereciendo citarse los cuadros titulados *El milagro del esclavo, La escuela de San Marcos, Las bodas de Canaán, La Cena, La adoración del becerro de oro* y otros no menos notables.

Federico Fiori.—Este célebre pintor y grabador italiano, conocido también con el nombre de *Barocci,* nació en Urbino en 1528 y murió en la misma ciudad en 1612. Recibió las primeras enseñanzas de su padre, completándolas después en los talleres de Manzocchi y de Franco. Instalado en Roma en 1548, dedicóse á estudiar las mejores obras de Rafael y las composiciones del Correggio. El papa Pío IV le confió el decorado de las salas del Belvedere, pintando después varias obras notables, entre ellas un *Descendimiento de la Cruz,* para la catedral de Perusa, *El perdón de San Francisco de Asís,* para una de las iglesias de Urbino, *La Madona del pueblo,* que se conserva en la Galería de los Uffizi de Florencia, etc.

Pablo Veronés.—Este célebre pintor, cuyo verdadero nombre fué el de Pablo Cagliari, nació en Verona en 1528 y murió en Venecia en 1588. Su padre le dedicó en sus primeros años al estudio de la escultura, mas en vista de sus especiales disposiciones por la pintura, recibió lecciones de Orlandi y Ridolfi. El cardenal Hércules Gonzaga le encargó varios cuadros para la catedral de Mantua, estableciéndose después en Venecia, en donde ejecutó importantes obras para la Biblioteca de San Marcos y el palacio de los Duces. Extensísimo es el catálogo de sus producciones que se conservan en los templos y Museos, mereciendo citarse la *Muerte de San Sebastián, El centurión á los pies de Jesucristo, La Magdalena penitente, Susana, Venus* y *Adonis, El joven entre el Vicio y la Virtud,* etc.

Alejandro Allori.—Nació en Florencia en 1535 y murió en 1607. Fué discípulo de su tío el pintor Angel Bronzino, por cuyo motivo se le denominó también el *Bronzino,* dándose ya á conocer ventajosamente á los diez y siete años con el cuadro representando á *Cristo en la cruz.* Trasladóse á Roma, ingresando en el taller de Miguel Angel, dedicándose al estudio de la anatomía, acerca de cuya materia publicó en 1590 un tratado para uso de los artistas. Muchas son las pinturas al fresco y al óleo que produjo este artista, ofreciendo algunas de ellas la particularidad de que la mayor parte de las figuras, como acontece en los cuadros *Jesús disputando con los doctores de la ley* y *El sacrificio de Abraham,* son retratos fidelísimos de sus contemporáneos.

Retrato, pintado por Juan Lavery

Federico Zuccheri.—Este celebrado pintor, conocido en España con el nombre de Zucaro, nació en San Angelo in Vado (ducado de Urbino) en 1543 y murió en Ancona en 1609. Discípulo de su padre y unido después á su hermano Tadeo, que gozó de justificada reputación, fué su sucesor, pintando frescos notables en los palacios de los magnates de diversos Estados de Italia. Para vengarse de algunos familiares del papa Gregorio XIII, les representó en su cuadro *La calumnia,* viéndose obligado á abandonar á Roma, temeroso del enojo del pontífice, y trasladóse á París, en donde obtuvo la protección del cardenal de Lorena. Pasó después á Inglaterra, en donde pintó el retrato de la reina Isabel, y de allí regresó á Roma, en donde terminó la capilla Paulina. Llamado á España por Felipe II, le confió el monarca la ejecución de numerosas obras, entre ellas el retablo del altar mayor del Escorial, asignándole una pensión de 2.000 escudos de oro. A sus expensas constituyó una Academia de Bellas Artes en Roma y publicó una obra con el título de *Idea de los pintores, escultores y arquitectos.*

Jacobo Palma.—Nació en Venecia en 1544 y murió en la misma ciudad en 1628. Diósele el sobrenombre de *el Joven* para distinguirle de su tío. Recibió de su padre las primeras enseñanzas, que completó en Roma, gracias á la protección que le dispensó el duque de Urbino. Establecido en Venecia, dió señaladas muestras de su fecundidad, puesto que ejecutó innumerables obras para las iglesias y edificios públicos. Produjo asimismo interesantes dibujos y 27 grabados al aguafuerte. En los museos de Europa consérvanse sus más importantes obras.

Jacobo Chimenti.—Nació en Empoli en 1544, á cuya circunstancia debió se le conociera por *Empoli,* y murió en 1640. Al estudio que hizo de las obras del Sarto, debió sus grandes progresos artísticos. Pintó también al fresco, pero renunció á practicar tal procedimiento á consecuencia de una caída que puso en peligro su vida. Trabajó mucho en el decorado de las fiestas palatinas y pintó innumerables cuadros para las iglesias de Florencia, algunos de los cuales figuran en los principales Museos de Europa.

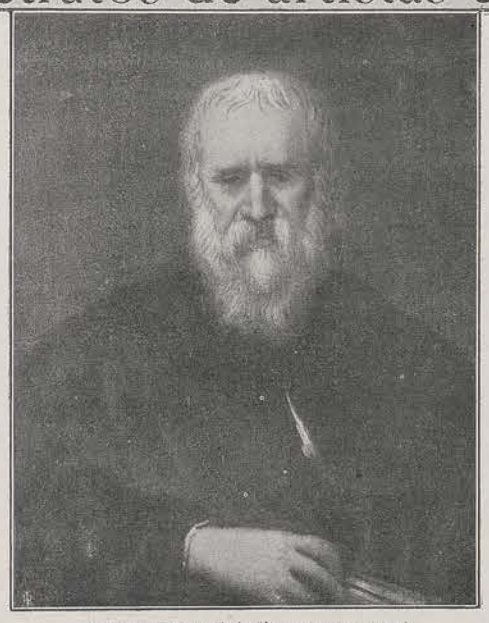
Agustín Carracci.—Nació este célebre pintor y grabador en Bolonia en 1557, y murió en Roma en 1602. Distinguióse en sus primeros años por sus aptitudes para el estudio de las Ciencias, las Letras y las Artes. Su espíritu inquieto le condujo á intentar varias profesiones. Celoso de los progresos realizados por su hermano Aníbal, comenzó á pintar caprichosamente, dedicándose después á grabar al buril y al aguafuerte. Tras dilatada permanencia en Parma, regresó á su patria. En desacuerdo constante con su hermano, á quien, sin embargo, estimaba entrañablemente, acabó por separarse de él, estableciéndose en Parma, falleciendo en un convento de Capuchinos por no poder soportar la separación. Aníbal honró su memoria, encargándose de la educación y porvenir de un hijo de su hermano. Entre los cuadros notables de este artista merecen citarse la *Comunión de San Jerónimo* y la *Asunción de la Virgen.*—Z.

En la playa, cuadro de la Sra. Coulin

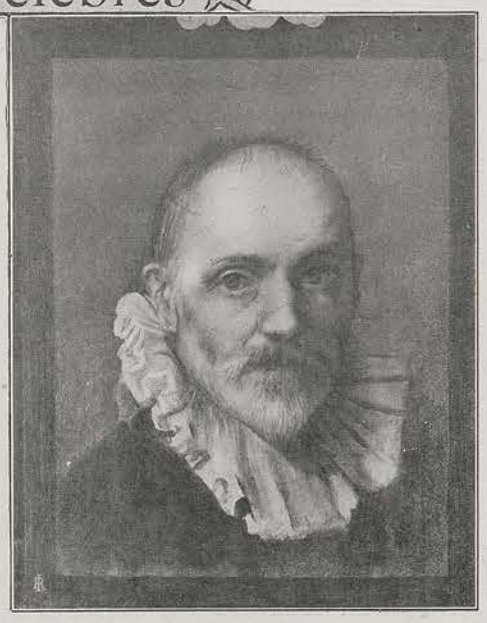
GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Antonio Moor, holandés (1512-1578)



Jacobo Robusti, italiano (1512-1594)



Federico Fiori, italiano (1528-1612)

Pablo Varonese, italiano (1528-1588)

Alejandro Allori, italiano (1535-1607)

Federico Zuccheri, italiano (1543-1609)

Jacobo Palma, italiano, (1544-1628)

Jacobo Chimenti, italiano (1554-1640)

Agustín Caracci, italiano (1557-1602)

LÁMINA. 4.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

París.—Expulsión de las hermanas agustinas del Hospital general.—La multitud aclamando á las religiosas á su salida del benéfico establecimiento (De fotografía.)

PARÍS

EXPULSIÓN DE LAS HERMANAS AGUSTINAS DEL HOSPITAL GENERAL

El gobierno francés, prosiguiendo la obra de laicización emprendida de algunos años á esta parte, y que más que de laicización parece de persecución de la iglesia católica, ha expulsado á las hermanas agustinas del Hospital general ú «Hotel Dieu,» en el que han prestado sus inapreciables servicios durante muchos siglos sin interrupción alguna, pues la misma Revolución francesa las respetó.

La expulsión, realizada el día 15 de los corrientes, dió lugar á una imponente y entusiasta manifestación de simpatía, en la que tomaron parte más de cinco mil personas de todas las clases sociales.

Desde las primeras horas de la mañana, y á pesar de las precauciones adoptadas por el gobierno, una multitud numerosa apiñábase delante del hospital, mientras en el interior del edificio se hacían los últimos preparativos de marcha. En el gran salón del primer piso estaban reunidas las hermanas, el cabildo metropolitano y muchas personalidades ilustres. El arcipreste de la catedral y el decano de la minoría del Consejo Municipal dirigieron sentidas salutaciones á las religiosas, y el propio director de la Beneficencia Pública pronunció algunas palabras, haciendo constar que el gobierno de la República ninguna queja tenía contra aquéllas y que, por el contrario, les daba las gracias por la abnegación con que siempre habían atendido á los enfermos.

A la una y media abriéronse las puertas del hospital, en cuyo patio estaban cinco coches que habían de conducir á las hermanas, de las cuales se despedían cariñosamente los médicos, los internos y muchos enfermos; pocos momentos después, salían los carruajes, que á duras penas podían abrirse paso entre la multitud. El público prorrumpió en calurosas aclamaciones y gritos de protesta, sin que ni una voz se elevara en contra de los protestantes.

Los carruajes que llevaban á las religiosas, seguidos de gran número de coches particulares y de alquiler y de una gran muchedumbre, se dirigieron á la casa matriz de aquéllas, el hospital libre de Nuestra Señora del Buen Socorro, siendo recibidas por el venerable cardenal arzobispo de París y por el coadjutor monseñor Amette, quien pronunció un discurso, ensalzando la obra realizada durante tantos siglos por las hermanas con admirable espíritu de sacrificio.

LA RUEDA AUTONEUMÁTICA

PARA AUTOMÓVILES

Un ingeniero romano, José Taraglio, ha inventado recientemente una rueda autoneumática que ha de producir una revolución en el automovilismo. Sabido es que uno de los principales gastos que ocasiona el automóvil, es el frecuente cambio de *pneus;* pues bien, la rueda elástica inventada por Taraglio se diferencia precisamente de las demás en que no se basa en el empleo de los muelles, como las ordinarias, sino en el aire comprimido automáticamente por el movimiento de la rueda misma, de manera que los choques eventuales provenientes de la periferia serán soportados por el aire, sin que afecten en lo más mínimo á las personas que vayan en el carruaje.

Cuatro ruedas de este nuevo sistema se han aplicado á un viejo *chassis* «Fiat» 1903. Las ruedas van encerradas en una caja de aluminio, pintada de rojo, y en la llanta se ha aplicado un anillo de caucho lleno de aire, con el único objeto de atenuar el ruido que, de otro modo, harían sobre los empedrados de las calles.

Para demostrar la solidez de la rueda autoneumática, se ha efectuado un gran *raid* automovilista que, partiendo de Roma el día 2 de enero, y pasando por Bolonia, Milán, Turín, Génova, Niza y Marsella, ha llegado á París, desde donde ha regresado á Italia para estar en Turín el 18, fecha en que se ha inaugurado el Salón Automóvil de aquella ciudad. Las ruedas habían sido plomadas para que la prueba ofreciese todas las garantías.—S.

Un invento que ha de producir una revolución en el automovilismo
Rueda autoneumática inventada por el ingeniero italiano José Taraglio. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Marruecos.—La artillería de Muley-Hafid en el gran Mechuar de la ciudad de Marruecos. (De fotografía.)

DE MARRUECOS

Por si algo faltaba para complicar la ya tan enmarañada cuestión marroquí, la solemne destitución de Abd el Aziz y la no menos solemne proclamación de Muley-Hafid en Fez, la ciudad santa, han venido á aumentar la confusión y la anarquía de aquel imperio.

El día 3 de los corrientes, la corporación de los ulemas de Fez, que constituyen la más alta autoridad religiosa y moral de Marruecos y sin cuyo beneplácito las decisiones del sultán carecen de autoridad y de prestigio, se reunieron en la mezquita de Muley-Edriss, declararon destituído á Abd el-Aziz por traidor á la patria y á la religión; y al día siguiente, congregados en los jardines de Batha los ulemas, los jerifes y todos los notables de la población, proclamaron á Muley-Hafid sultán único y legítimo. Ambas resoluciones se han fundado en que Abd el Aziz, obrando bajo la inspiración de los cristianos, colocando á éstos al frente del ejército y cediendo á Francia algunas ciudades imperiales, ha faltado á los preceptos del Corán y se ha hecho indigno de seguir ocupando el trono destinado al caudillo de los creyentes.

Díjose, en un principio, que el movimiento revolucionario partió de las clases elevadas, más ó menos sinceramente ofendidas en sus sentimientos religiosos; pero noticias posteriores permiten asegurar que los ulemas obraron bajo la presión y las amenazas del populacho de Fez, que vió en ello una ocasión para no pagar los impuestos. Mas, sea como fuere, el hecho es que el llamado pretendiente ha recibido la consagración de los que, según las leyes y costumbres religiosas del imperio, pueden dársela y que en las mezquitas de Fez, como antes en las de la ciudad de Marruecos, su nombre ha substituído en las oraciones al de su hermano.

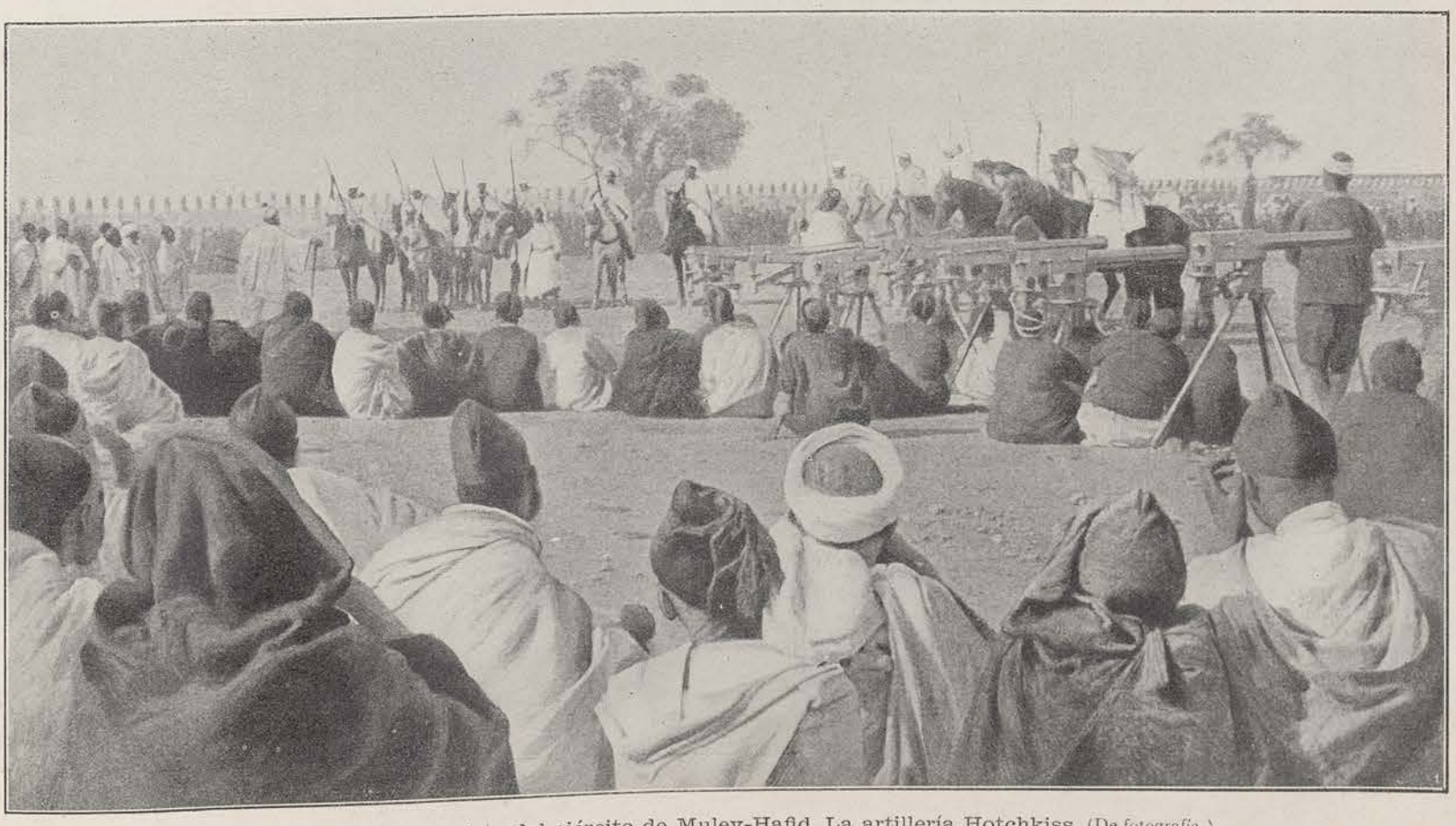
Sin embargo, éste cuenta todavía con el apoyo de las potencias europeas, que no han reconocido la validez de los sucesos en Fez desarrollados y á las cuales ha de tener más cuenta, de seguro, entenderse con Abd-el Aziz, que al fin y al cabo acepta las decisiones de la conferencia de Algeciras y deja que Francia haga lo que bien le parezca en sus imperiales dominios, que habérselas con Muley-Hafid, á quien sus partidarios proclaman precisamente para exigir de él una conducta enteramente contraria á la del otro, como lo demuestra el hecho de haberle obligado á proclamar la guerra santa.

Y aun cuando Muley-Hafid ha declarado que la guerra santa sólo es contra su hermano y de ningún modo contra los europeos, cuyas vidas y haciendas hará respetar por los suyos, es casi seguro que no tendrá medios para resistir á las imposiciones de éstos y que, si quisiera resistirse, de la misma manera y con la misma facilidad con que ha sido proclamado será destituído, y los mismos resultandos y considerandos de la decisión de los ulemas que han servido para proclamar á él servirán para proclamar á otro. Ya uno de los personajes que más han contribuído á su elevación (nominal hasta ahora, á pesar de todo) al solio imperial, el jerife El Quitani, jefe de una de las principales cofradías de Marruecos, ha dicho terminantemente que si Muley-Hafid no acepta las condiciones en que ha sido nombrado, no faltará quien las acepte.

Aunque Abd el-Aziz conserva algunos partidarios en Fez, éstos nada podrán hacer si él no les envía fuerzas con que restablecer su autoridad, cosa que por ahora no parece fácil, pues las pocas con que cuenta las necesita para sostenerse en Rabat, en donde, según parece, su situación no es muy satisfactoria. Tanto es así, que se dice que los franceses han enviado en su auxilio una columna de 2.000 hombres.

¿Habrá en todo esto de la proclamación de Muley-Hafid la mano oculta de alguna potencia á quien interesa que no acaben nunca los desórdenes en Marruecos?

Francia prosigue el plan que se ha trazado, sin hacer caso de los acontecimientos de la política interior de Marruecos. El general d'Amade se ha apoderado últimamente de Fedala, de Dar Ber Reschid y ha avanzado hasta Settah, distante setenta y cinco kilómetros de Casablanca. Para llegar á este último punto, hubo de sostener un empeñado combate, en el que los franceses tuvieron una veintena de heridos y los marroquíes 150 muertos y 300 heridos. El hecho de haber tenido el general Amade que retirarse de Settah, á poco de haberla tomado, parece indicar que esa operación ha sido un fracaso.—R.



Marruecos.—Una revista del ejército de Muley-Hafid. La artillería Hotchkiss. (De fotografía.)

MADRE É HIJO, copia del celebrado cuadro de F. de Kaulbach

EXCMO. SR. D. MANUEL ESTRADA CABRERA

El día 21 de los corrientes, inauguróse con gran solemnidad el ferrocarril que va desde San José á Puerto Barrios, puertos ambos de la república de Guatemala, situados en el Pacífico, el primero, y el segundo en el Atlántico. Esta nueva vía férrea es de inmensa importancia, no sólo para aquella república, sino para el comercio europeo, que de este modo tendrá una comunicación directa y rápida entre ambos océanos. En cuanto á Guatemala, ocioso es decir que reportará extraordinarias ventajas del ferrocarril recientemente inaugurado, pues además de lo que éste lo aproxima á los Estados Unidos del Norte y del incremento que adquirirá su comercio, podrá ofrecer á una emigración sana y trabajadora elementos de expansión y desarrollo en su riquísimo suelo.

La terminación de esta obra magna débese á la iniciativa del actual presidente, Excmo. Sr. D. Manuel Estrada Cabrera, una de las personalidades más ilustres de la América latina, y á quien debe Guatemala sus adelantos, su comercio, su industria y, en una palabra, todas las manifestaciones que informan el progreso positivo de un país.

El Sr. Estrada Cabrera, que, desde que ocupa el solio presidencial, ha dedicado todos sus esfuerzos á que Guatemala ocupe un puesto digno en el concierto de las naciones civilizadas, es un jurisconsulto distinguido que ha hecho estudios profundos en ciencias políticas y sociales

Las reformas progresistas de Guatemala datan de la revolución liberal de 1871. La instrucción pública, base de todos los adelantos de todos los pueblos, fué el punto de mira que los hombres de aquel entonces tuvieron como principal elemento para transformar á su patria.

El presidente Justo Rufino Barrios fué quien con más ahinco trató de difundir la instrucción por toda la República, habiéndose conquistado con ello el dictado de fundador de tan importante ramo de la gobernación pública.

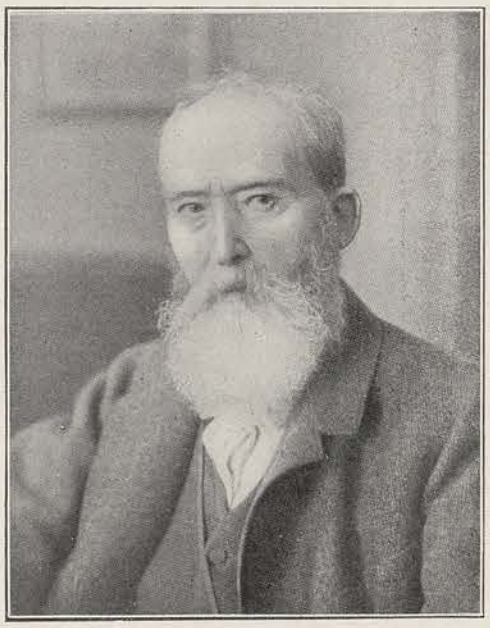
Pero lo hecho por el general Barrios no había sufrido reforma alguna hasta hace pocos años; y ha sido el presidente Estrada Cabrera quien ha iniciado con verdadero entusiasmo y con gran energía de patriota la reforma de la Instrucción pública. Él ha comprendido que los antiguos sistemas de enseñanza son nocivos á la juventud; que lo que hoy se necesita es formar hombres que, el día de mañana, sean aptos para el trabajo en cualquiera de sus manifestaciones; y gracias á su labor constante en este sentido funcionan actualmente en toda la república de Guatemala las Escuelas prácticas, en las que, al par que se dan al alumno conocimientos científicos, se le proporcionan maestros é instrumentos especiales para que aprenda un arte ú oficio.

La terminación del ferrocarril interoceánico, que hace poco tiempo parecía imposible, se ha realizado gracias á él; y hoy Guatemala tiene un nuevo motivo de gratitud para su ilustre presidente que ha sabido elevarla á un grado de esplendor y de prosperidad extraordinarios.

Excmo. Sr. D. Manuel Estrada Cabrera, presidente de la República de Guatemala, á cuya iniciativa se debe el ferrocarril del Atlántico al Pacífico que se ha inaugurado el día 20 de los corrientes. (De fotografía remitida por nuestros corresponsales P. J. Guirola y C.ª)

GUILLERMO BUSCH

En su retiro de Mechtshausen, junto á Seesen (Brunswik), ha fallecido hace pocos días ese popular caricaturista, cuya fama, traspasando las fronteras de su patria, se extendió por todo el mundo. Había nacido en abril de 1832, en Wiedensahl (Hannover), y después de haber recibido la primera instrucción de su tío, párroco rural, cursó durante cuatro años la carrera de ingeniero en la Escuela Politécnica de Hannover. Sus aficiones al dibujo le hicieron dejar aquellos estudios, y resuelto á dedicarse al arte, perfeccionó sus disposiciones en las academias de Dusseldorf, Amberes y Munich. En 1859 publicó sus primeras caricaturas en el importante periódico *Fliegende Blæter*, comenzando entonces su celebridad.



Guillermo Busch, célebre caricaturista alemán fallecido en 9 de los corrientes

Sus composiciones son innumerables y en todas brilla el espíritu más finamente satírico, avalorado por una ejecución en grado sumo expresiva. De ellas se han formado varias colecciones, de las cuales las más completas son las publicadas en Munich en 1875 y 1902.

Hacía muchísimos años que vivía retirado, primero en su aldea natal y desde 1898 en Mechtshausen, habiendo dejado en absoluto de dibujar y rehuyendo el trato de la gente y toda ocasión de exhibirse, hasta el punto de que cuando en 1902 se quiso festejar el 70.° aniversario de su nacimiento, huyó de su retiro y se negó á recibir homenajes y aun á enterarse de lo que toda la prensa alemana escribió con tal motivo sobre él y su obra.

Guillermo Busch escribió también algunas poesías; pero no logró como poeta la fama y la popularidad que sus historietas humorísticas le conquistaron.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés* – Ha estado expuesto recientemente un hermoso cuadro de Carlos Vázquez destinado al próximo Salón de París. Es un cuadro de género que representa una escena familiar, y así por su composición como por su dibujo y especialmente por su colorido, es una obra bajo todos conceptos notable y digna de la reputación de que goza su autor, no sólo en España, sino también en el extranjero. En un número próximo reproduciremos ese lienzo de nuestro distinguido colaborador, que tantas alabanzas ha merecido de la crítica y del público.

También han expuesto en el Salón Parés, el Sr. Baixas una colección de bellos paisajes, tan bien observados como pintados, y el Sr. Viada un buen retrato.

Salón Esteva y C.ª – El Sr. Brull ha expuesto una numerosa colección de bustos y paisajes, unos y otros admirablemente sentidos y ejecutados con la maestría que caracteriza á su autor, quien sabe poetizar, como pocos, así las testas femeninas que toma por modelos, como los temas que le ofrece la naturaleza.

VENECIA. – En la última Exposición Internacional de Bellas Artes se han vendido obras expuestas por valor de medio millón de liras.

Espectáculos.—BARCELONA. – Se ha estrenado con extraordinario éxito en el teatro Eldorado la comedia en dos actos, divididos en un prólogo y tres cuadros, de D. Jacinto Benavente, *Los interesses creados*. Es una obra inspirada en una idea bellísima y está sólidamente construída y admirablemente escrita La crítica unánime la ha reconocido como una de las mejores creaciones del teatro moderno y como la mejor sátira de la literatura española contemporánea.

MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *El amor, vela*, comedia en cuatro actos de Gastón Caillavet y Roberto de Fleers, muy bien traducida del francés por don Antonio Palomero y en cuya ejecución se distinguieron muy especialmente Concha Ruiz y el Sr. Mendiguchía; y en el Español *La mentira del amor*, comedia en tres actos y un epílogo de los Sres. Bueno y Catarineu, y *A la luz de la luna*, paso de comedia de los hermanos Alvarez Quintero, obteniendo en ambas muchos y merecidos aplausos Rosario Pino y los señores Thuiller y Palanca.

En la Princesa se han representado *Casa de muñecas*, de Ibsen, muy bien traducida por el Sr. Fernández Villegas (*Zeda*), y *La intrusa*, de Mæterlinck, perfectamente traducida por D. Ramón Franco Según el crítico de uno de los principales diarios de la corte, la obra de Mæterlinck excitó la hilaridad de una parte del público.

En el Real se ha dado la función á beneficio de la Asociación de la Prensa, cuyo programa se componía de la ópera *Rigoletto*, por la señorita Paretto y los señores Anselmi y Rufo Titta; de la romanza de *La regina de Saba*, por la señora Iksó, y del tercer acto de *Aida*, por las señoras Lerma y Barea y los señores Biel, Claverio y Vidal. El teatro estaba brillantísimo.

PARÍS. – En el teatro de la Comedia Francesa se ha estrenado con gran éxito *Les deux hommes*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus, que representaron de una manera perfecta la señorita Bartet y Sr. Le Bargy.

En la Gran Ópera se ha cantado por primera vez la popular é inspirada obra de Bizet *Carmen*, que hasta ahora sólo se había representado en la Ópera Cómica. *Carmen* ha sido puesta en escena con un lujo y una propiedad pocas veces vistos; los trajes de los toreros, picadores, alguacilillos, etc., eran auténticos, procedentes de España, y á fin de aleccionar á los artistas y á la comparsería, el torero Machaquito ha dirigido todos los ensayos del desfile, que ha resultado brillantísimo y ha sido aplaudido con gran entusiasmo.

En el teatro Marigny, bajo los auspicios de «L'Oeuvre,» ha dado una serie de representaciones la compañía dramática siciliana dirigida por el eminente Grasso y por la no menos eminente Mimi-Aguglia. El éxito por esa compañía alcanzado, ha sido realmente extraordinario.

MILÁN. – En el teatro Comunale se ha estrenado con excelente éxito la ópera del maestro Mancinelli *Paolo e Francesca*.

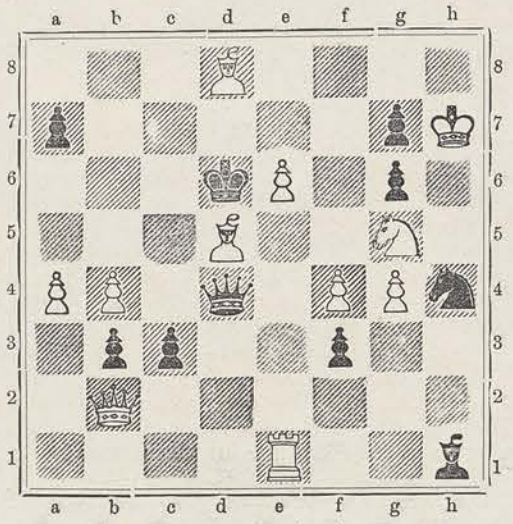
BERLÍN. – En el teatro Alemán se ha puesto en escena el famoso drama de Calderón *El alcalde de Zalamea*, traducido por Rodolfo Presber.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 485, POR V. MARÍN

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 484, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D a 1 – a 5	1. C b 7 – d 6
2. D a 5 – d 8	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

VARIANTE

1... ..... C b 7 × a 5; 2. C f 4 – d 3 jaq., etc.
R e 5 × f 4; 2. D a 5 – c 7 jaq., etc.
A f 6 – d 8; 2. D a 5 × b 5 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. D a 5 – c 7 ó × b 5 jaq., etc.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Aquella inacción le hacía daño; Alegre lo comprendió.

Era de noche aún, pero sentíanse ya los cantos de los gallos y hacíase más penetrante el frío: el alba se acercaba.

Levantóse á duras penas y echó á andar rápidamente para restablecer la circulación de la sangre.

No tardó en sentir la benéfica influencia del ejercicio; la sangre comenzó á circular más activamente, difundiendo por todo su cuerpo una agradable sensación de calor.

Largo tiempo anduvo así, esquivando las esquinas donde divisaba agentes de policía y huyendo el cuerpo á uno que otro transeunte madrugador que empezaba á circular por las desiertas calles. Cuando el alba derramó su claridad lechosa sobre la dormida ciudad, Alegre vió que se hallaba casi en el campo, donde las casas eran más pequeñas y de más pobre aspecto.

El acceso de fiebre se le había pasado. Ahora lo que sentía era un hambre canina; apenas había probado el día anterior unos pocos bizcochos. Por fortuna tenía dinero y las casas de comestibles empezaban á abrirse.

Entró en una que, como casi todas las de la campaña, participaban del triple carácter de tienda, almacén y panadería. El dueño, tal se le antojó á Alegre, un hombrachón fornido que á medio vestir desatrancaba las puertas, hablaba en voz alta con un muchacho. El negrillo oyó con alegría una frase italiana: estaba entre compatriotas.

Pidió tímidamente algo con qué desayunarse; el dueño del almacén lo miró con sorpresa; la cara franca y simpática de aquel negrillo acabó por interesarle.

—Ya sé lo que tú necesitas, díjole.

Entróse á la trastienda y volvió al rato con una gran taza de humeante café con leche y un dorado pan, caliente aún, como recién sacado del horno.

Aquello bastó para volver el buen humor al chico. Bebióse la taza de leche, pidió otra para Tell, donde echó los restos del pan, compró algunas provisiones para más tarde, y para saldar sus cuentas sacó orgullosamente un flamante billete de un peso.

—¡Vamos!, exclamó sorprendido el almacenero, ¡yo que me creía que no tendrías con qué pagar tanto gasto y pensaba dártelo de balde! Pero veo que tienes, y como soy pobre, te cobraré, eso sí, muy barato.

—No tanto, pensó el niño al ver el cambio que le devolvían, ¡ochenta centavos por sus compras! casi dos liras ¡Dios mío, qué caros son en este país!

Sin embargo estaba contento y sentíase con ánimo para dar la vuelta al mundo á pie.

Miró el sol que empezaba á levantarse á su izquierda y dijo para sí:

—Si el Este queda á la izquierda, no hay duda de que el Sur quedará al frente. La Plata queda al Sur, y para ese lado iré, tarde ó temprano llegaré á ella caminando ligero; no quiero saber ya nada con el tren ni con la Casa Amarilla, ¡vaya uno á dar con la tal Casa! Lo que es ahora, no me pesca otra noche en Buenos Aires.

Y alegremente emprendió su camino en dirección al Sur. A poco andar dejó atrás las últimas casas de la ciudad. A su frente se extendía la campiña ilimitada, sembrada de pintorescos pueblecitos, casi arrabales de Buenos Aires.

Alegre no se lo hizo repetir. Saltó sobre el carro

¡Con qué ansia respiró Alegre las auras del campo! Aquellas auras tenían un dejo de libertad.

El fresco de la mañana convidaba á retozar, á brincar, á lanzarse en violenta carrera para no dejarse invadir por el frío; y el muchacho, que no necesitaba mucho para excitarse, comenzó una serie de carreras desenfrenadas con su perro, sobre la bien cuidada carretera.

—De este modo, se decía, llegaré más pronto.

Había vuelto á ser feliz. Juzgábase libre, completamente libre, y dejándose invadir por el gozo de serlo, soltaba el freno á la desbordante alegría que le embargaba, á esa loca alegría de ser dueño y señor de sus actos, alegría de colegiales en vacaciones.

No le importaban las pruebas que el destino pudiera reservarle.

Alegre gozaba del presente. Su futuro apenas llegaba al día de mañana; su pasado apenas alcanzaba al de ayer.

Así anduvo cuatro horas que le parecieron cuatro minutos, apartándose de las poblaciones que encontraba al paso, no por miedo de caer en manos del *signor* Bertoni, si lo buscaba, sino porque en las calles de un pueblo hubiera tenido que moderar las explosiones de su gozo.

Cuatro horas de corretear como caballo desbocado por los campos, rinden las piernas mejor templadas y despiertan el apetito más dormido.

A pesar de lo fresco del día, Alegre estaba jadeante, con la frente sudorosa, la respiración entrecortada y los ojos brillantes. Detúvose al pie de un árbol, cuyo follaje no muy tupido en aquella estación, bastaba para librarle de los para él molestos rayos del sol.

En una bolsita de que le había provisto el almacenero, llevaba sus provisiones: queso, jamón y pan, cortado en rebanadas, ¿para qué más?

En sociedad con Tell dieron fin á las tres mayores; era suficiente; lo demás para más tarde.

Consultando el sol vió que apenas serían las diez. Como la noche anterior no había dormido casi, y era temprano para seguir el viaje, dejó de guardia á Tell, y haciendo almohada de un montón de hojas secas, quedóse profundamente dormido á la sombra de un árbol, á la orilla de un camino y en medio de los campos.

Cuando despertó, el sol estaba en su cenit, pero no hacía calor.

Sintiéndose fuerte, levantóse y emprendió la marcha. Pero el vigor que creía tener era ficticio, apenas había andado cinco cuadras, y ya sentía los músculos relajados. Habría deseado estar ya en La Plata.

—¿Cuánto faltará para llegar?, se preguntaba; el tren tarda en ir de Buenos Aires menos de dos horas, yo he andado más de cinco: ¿faltará mucho?

Pensando en esto, oyó á sus espaldas un rumor de cascabeles. Un carro tirado por dos caballos corría por la carretera, envuelto en una nube de polvo.

Alegre pensó que iría muy cómodamente en él. Viólo casi sin carga, y un deseo irresistible de subir lo invadió: ¿por qué no pedía permiso al dueño? Los dos seguían el mismo camino, y yendo en el carro adelantaría más.

No pudo contenerse, y cuando pasó al frente suyo gritó al que lo guiaba:

—¡Señor, señor! ¡Un momento!

El carrero se detuvo.

—¿Eres italiano?, preguntó al muchacho.

Este advirtió que había hablado en su lengua nativa.

—Sí lo soy, respondió.

El hombre sonrió; poco italiana le parecía aquella negra carita.

—Somos compatriotas, chico; ¿qué querías?

—Subir al carro si usted me lo permite.

—¿Subir al carro? ¿Tienes con qué pagar el pasaje?

—¡Oh, pagar, qué fea palabra!, pensó el muchacho, que desde que se buscaba la vida no oía otra cosa.

Pero estaba orgulloso de tener dinero, y sin poder contenerse exclamó:

—¡Ya lo creo!

—¡Diablo!, pensó á su vez el carrero, este chico debe tener algo, y añadió en alta voz: sube, muchacho.

Alegre no se lo hizo repetir. Saltó sobre el carro, y sin cuidarse de Tell, que, poco amigo de los vehículos, trotaba con valentía, tomó asiento lo más cómodamente que pudo.

El carretero hizo chasquear el látigo y los caballos partieron al galope.

—¿Y qué vale el pasaje?, preguntó Alegre.

—Ya hablaremos de eso, respondió el dueño del carro sin volver la cabeza: ¿tienes mucho dinero?, preguntóle riendo.

—Así, así, contestó el chico, que empezaba á comprender lo peligroso que es pasar por potentado en las carreteras.

Corrió un rato largo de silencio.

Alegre miraba desfilar los árboles y los postes de los cercados.

De pronto ocurriósele que quizás el carro tomara otra dirección apartándolo de la que él debía seguir. Iba á hablar de esto al carretero, cuando éste, adelantándose, le preguntó, siempre volviéndole la espalda.

—¿Adónde vas, chiquillo?

—A La Plata, respondió Alegre sin vacilar.

—¿A La Plata? ¿Y te vas así no más, como quien se va al almacén de la esquina?

—Qué, ¿está muy lejos?

—¡Eh! Yo no sé; eso lo verás tú, si tienes la intención de hacerte el camino á pie.

—Sí, pero si usted va para ese lado, yo podría hacerlo en el carro, digo, si no molesto.

—No, tú no molestas mientras pagues el pasaje. Precisamente yo voy para ese lado, te dejaré á dos ó tres leguas de La Plata.

—¡Qué casualidad!, exclamó gozosamente el niño

—Casualidad, ¿eh? No tanto como eso.

—¿Y va usted siempre?

—Sí, voy siempre... que me conviene ir, respondió el carretero volviendo el rostro y fija ndo unos ojillos maliciosos y risueños en el rostro del muchacho.

Este contempló por primera vez aquella cara angulosa y antipática y aquellos ojos astutos y movedizos.

Sin saber por qué, tuvo miedo; miedo de aquel hombre á quien no conocía y con quien estaba solo, sin otra compañía que la de Tell.

—¿Y queda muy lejos La Plata?, atrevióse á preguntar.

—Así, así.

—¿Como á cuantas leguas, poco más ó menos?

—No las he contado, chiquillo; serán doce ó quince.

—¡Ah!, exclamó Alegre sorprendido, ¿tantas? ¿Y cuándo llegaremos? ¿Será esta tarde?

—¡Hum! Esta tarde no; gracias que lleguemos mañana á la noche.

—¡Dios mío!, gimió Alegre en el fondo de su corazón, tengo miedo, mucho miedo.

Así corrieron dos ó tres horas más; el chico miraba desfilar de cuando en cuando pequeñas poblaciones y casuchas desparramadas en la campiña. A veces, con una loca esperanza, viendo que se acercaban á algún pueblecillo mayor preguntaba si era La Plata.

—No, chiquillo, no te apures, hasta mañana no llegamos.

—Y esa ¿cómo se llama?

El carretero daba cualquier nombre y seguía adelante, siempre adelante.

La noche se les echó encima, una noche fría y lloviznosa que calaba hasta los huesos.

—Es preciso detenerse, dijo el carretero parando el vehículo, los caballos están cansados y nosotros también ¿verdad?

—¿Y dónde vamos á pasar la noche?, preguntó Alegre tiritando de frío y de miedo.

—¡Allí!, respondió su compañero mostrando á un lado del camino unos viejos paredones que sostenían un cuarteado techo.

—¿Y esa casa de quién es?

—Es mía, ¿no te parece buena acaso? Pues soy pobre, y eso que trabajo mucho para hacerme rico.

La casucha, resto de un caserón, si no era del todo buena, formaba un reparo abrigador contra el frío y el viento, y libraba de las rachas cada vez más espesas de la llovizna.

El carretero así que cubrió con una lona embreada la carga de su carro y trabó los caballos de manera que pudieran pacer sin peligro de que se escaparan, entró en la casucha con una gran brazada de leña seca, cogida al pie de los árboles, encendió un hermoso fuego, y sin más preámbulos, dijo á su compañero:

—Tú que viajas á pie, debes de tener algo para cenar, ¿eh?

Alegre sacó el resto de sus provisiones que aún eran suficientes para la cena de dos personas, y entregóselas.

Su compañero hizo dos partes; tomó la mayor para sí y dió la otra al chico.

—Tu estómago es menor que el mío.

El negrillo hizo de la suya dos partes; una dió al perro y se guardó la otra diciendo:

—No tengo hambre.

Y en efecto, el miedo que de él se iba apoderando le había hecho perder el apetito.

Minutos más tarde, su compañero, tendido al lado del fuego y envuelto en una manta, dormía á pierna suelta, ó al menos aparentaba dormir.

Alegre habría aprovechado aquel momento para huir de la casucha si no le hubiera atormentado el aspecto de la noche, fría y ventosa, y empapada en una llovizna cuyas rachas llegaban á besarle el rostro, y más que todo aquel hombre que á cada movimiento que él hacía levantaba á medias la cabeza; quizás no dormía.

Tell sí que dormía al dulce calor de las brasas, hecho una rosca, con tanta tranquilidad que acabó por infundir alguna en el ánimo del amedrentado chico, al cual le fué entrando poco á poco una somnolencia tan pegajosa que tuvo que rendirse á ella, durmiéndose profundamente.

Cuando abrió los ojos era día claro. La mañana estaba muy fría y nublada, pero la llovizna había cesado. Tell dormía aún cerca de su amo. Éste se levantó de un salto y corrió afuera para buscar á su compañero del día anterior, pero á nadie encontró; el carro tampoco estaba allí.

Esto no le desagradó del todo, antes juzgó una felicidad el que aquel hombre á quien tanto miedo había cobrado se hubiera ido dejándolo solo.

No debía perder tiempo y se dispuso á partir.

Pero al recoger su gorra y la bolsa de las provisiones, vió que la carta del tío Delfín se le había caído, y lleno de asombro, notó al tomarla que el sobre estaba roto, aunque el pliego de papel estaba intacto: no habían hecho más que abrirla.

Intranquilo, comprendiendo que sólo su compañero podía haberle registrado, buscó en sus bolsillos y se quedó frío de espanto: su tesoro había desaparecido; los veinticinco pesos que en liras le entregara el tío Delfín, habían pasado á los bolsillos de un ladrón, honrado, eso sí, porque le había dejado la ración que la noche anterior se guardara el niño porque no tenía hambre. Allí estaban envueltas en un papel una tajada de jamón y otra de queso, pero ni señas de aquella fortuna que le daba derecho á mirar por sobre el hombro á todos los potentados de la tierra.

IX

Á TRAVÉS DE LOS CAMPOS

Alegre era filósofo. Perdida su fortuna, no pensó más en ella. Era una ilusión menos en su cabecita, que tenía tantas.

Lo que le daba mala espina era la cuestión de si estaba ó no en camino de La Plata. Según le habían dicho, la ciudad no distaba de Buenos Aires más de quince leguas. Quince leguas para la Compañía no representaban más que dos jornadas á pie sin apresurarse. Caminando el día anterior, un medio día lo más ligero que pudo, y prosiguiendo en carro su camino toda la tarde al galope de dos buenos caballos, debería hallarse ya, si no en la misma ciudad de La Plata, muy cerca de ella.

Pero su mirada en cuanto abarcaban sus ojos no descubría más que una extensa planicie rasa como la palma de la mano. ¿Adónde lo había llevado su compañero del día antes?

El cielo estaba opaco como una lámina de plomo oxidado; del sol no había ni noticias; era imposible averiguar dónde quedaba el Sur, y Alegre tuvo que emprender su jornada hacia un lado que sospechaba debía serlo.

Después de muchas horas de marcha por fangosos caminos, fatigado, yerto de frío y casi muerto de hambre, sentóse á orillas de la carretera, sacó su corta ración, dió una parte á Tell, á quien jamás negaba la mitad de su almuerzo, comióse el resto y descansó un rato.

Sentíase como aplastado por la calma de aquella naturaleza quieta. Miraba el cielo, y el cielo no era más que un velo ceniciento; miraba la tierra, y la tierra era una tabla rasa y negruzca, una pampa sin límites, donde vagaba la vista como una golondrina rezagada de la caravana que se encuentra sobre el Océano, sin hallar donde refrenar su cansado vuelo. Miraba la planicie circular, en cuyo centro parecíale encontrarse, y le daba un vértigo como si la pampa entera girase á su alrededor.

¡Qué diferentes eran aquellos campos desiertos de los de Italia, sembrados de aldeas y poblaciones!

Fatigado todavía, emprendió de nuevo su jornada. Al acercarse á la carretera ni aún supo de qué lado había venido; las huellas de sus zapatos habíanse borrado en el lodo. Por fin halló la señal de uno de sus pies y tomó la dirección opuesta, porque sí, no porque creyera que aquella fuese la senda. Había perdido el rumbo. Tenía la borrachera del espacio.

Cuando se encontraba en la intersección de dos caminos, lo que acontecía con frecuencia, seguía cualquiera, de todos modos aquel camino iría á parar á alguna parte, y marchaba apresurado como si lo corrieran, esperando hallarle el fin.

¡Dios mío, qué largos eran los caminos en aquellas tierras! Cualquiera diría que daban la vuelta al mundo. Y corría, corría chapoteando el barro, que le salpicaba las ropas, y aunque no llovía, estaba todo mojado, como si le hubiese llovido encima.

La atmósfera iba obscureciéndose por minutos, lentamente, como una palangana de agua que gota á gota va diluyendo un frasco de tinta.

La noche se le echaba encima. Una noche que tenía que pasar al raso, sin cena y sin fuego. Si al menos encontrara un árbol, porque hasta los árboles se habían acabado. El terreno que cruzaba era un sembrado inmenso; allí no había más que trigo recién brotado.

A las últimas luces de aquel crepúsculo que duraba hacía doce horas, cuando sin fuerzas para más iba á dejarse caer en tierra, divisó una choza, habitada, á juzgar por una débil columna de humo que manchaba el velo gris de la niebla.

Temblando de gozo, de miedo y de frío, porque todo se le mezclaba, acercóse á ella y llamó á la puerta, una puerta desvencijada por entre cuyas junturas se escapan los rayos de una llama y el exceso de humo del fogón que no hallaba salida por la chimenea.

Un viejo de pobrísimo aspecto le abrió. Pidió permiso para entrar, pues estaba medio muerto de hambre y de frío y la noche amenazaba ser lluviosa. El viejo le hizo pasar, pero haciéndole señas de que no comprendía nada.

El viejo no estaba solo.

En la choza había además una mujer joven vestida tan pobremente como él y un pequeñuelo, su hijo quizás.

Los tres miraban con sorpresa al recién llegado y á su compañero. Aquel negrillo tan simpático y aquel perro tan hermoso, abandonados en un camino, lejos de toda población, despertaban seguramente su curiosidad, á juzgar por las inquisidoras miradas con que los examinaban.

Pero no pudiendo conversar con el negrillo, pasados los primeros instantes, después de señalarle un lugar junto al fuego, cada cual volvió á su ocupación. El viejo á trenzar unas delgadas lonjas, la mujer á cuidar de dos ollas arrimadas al fuego y el muchacho á enhorquetarse, látigo en mano, en un tronco desbastado á medias, que á él le servía de caballo y de banco á los mayores.

Satisfecho de haber encontrado tan á tiempo un albergue, que aunque pobre hasta rayar en miserable, era de inmenso valor en sus circunstancias, Alegre contemplaba con curiosidad aquel hogar tan distinto de los que él conocía.

La mujer levantábase de cuando en cuando para alcanzar al viejo una pequeña vasija, de uso desconocido para el negrillo, y cuyo contenido sorbía el anciano á través de un delgado tubo: era un mate.

Aquella operación, repetida á cada instante, llegó á divertirle tanto, que estuvo á punto de reirse cuando, tocándole el turno á él, se la ofrecieron; pero juzgó más conveniente explicar con su corto vocabulario castellano que ignoraba el uso de aquello.

El viejo y la mujer se reían; el negrillo acabó también por reirse y por sorberse el contenido de la vasija como Dios le dió á entender; no era tampoco muy difícil. Aunque su paladar no estaba habituado, encontró bueno el brebaje y caliente sobre todo.

Roto el frío de las primeras relaciones, trabóse entre todos algo que hubiera sido una animada conversación si la mímica no fuese casi el único medio de que se valían para entenderse.

Por el viejo supo Alegre que la población más cercana quedaba dos leguas al Este; siguiendo un camino que se cruzaba no lejos de allí con el que hasta entonces había seguido, podría llegar á las nueve ó diez de la mañana siguiente, sin apretar el paso. Lo que es La Plata quedaba diez ó doce leguas al Este.

El contenido de las ollas puestas al fuego estaba á punto.

La mujer sacó un plato de latón, y, poniendo en él una ración de carne cocida con verduras, diósela á Alegre con una cuchara, no muy limpia en verdad, pero que el muchacho apenas observó. ¡Para escrúpulos estaba su estómago!

Tell, que miraba desde un rincón, tampoco tenía escrúpulos: para él hubo un hueso no del todo roído.

En la otra olla hervía algo parecido al arroz con leche, pero más insípido; un potaje hecho de maíz, que apenas pudo probar el negrillo; y aquello era un manjar para sus huéspedes: era mazamorra.

La cena estaba concluída.

Alegre tenía sueño: en un rincón de la pieza, sobre un trozo de lona y apoyando la cabeza en el caliente y sedoso pelaje de Tell, quedóse pronto dormido, sin temor alguno, mientras afuera caía la lluvia en menudos y helados chaparrones.

Al día siguiente, cuando se levantó, ya el viejo y la mujer le habían precedido, y á la sazón tomaban por turno el consabido brebaje.

El muchacho salió de la choza para ver el estado del tiempo. El día era malo; seguía cayendo esa llovizna mansa que, sin mojar apenas la ropa, hiela hasta la médula de los huesos.

¡Y tenía que partir! Quería llegar cuanto antes á una población, donde pudiera ganar algo con que proseguir el viaje hasta la casa del hermano del tío Delfín, que en su sentir hacía más de un siglo andaba buscando.

Explicóles esto como pudo á los dueños de la casucha, diciéndoles que partiría en seguida. Las buenas gentes le ofrecieron un gran trozo de pan, amasado la noche antes y cocido esa mañana. El chico tenía hambre, pero era previsor y se contentó con aspirar su perfume, guardándolo para más tarde.

Indemnizóse con unos cuantos *mates*, dió á Tell un hueso que le brindó la mujer, y pertrechado de este modo, se despidió de aquellos buenos campesinos, no sin antes prometerles que alguna vez volvería.

Dos leguas distaba hacia el Este la población adonde se dirigía. Dos leguas que estaba dispuesto á hacer á lo más en dos horas, y eso porque los caminos estaban fangosos.

Pero aquel día dió con la misma dificultad que el anterior. El cielo estaba tan arrebozado en su manto de nubes y era tan espesa la niebla, que hubiera sido imposible adivinar dónde quedaba el sol.

Alegre tuvo que resignarse á seguir las vagas indicaciones del viejo. «Hacia el Este, hacia el Este, siempre hacia el Este,» le había dicho; pero era el caso que no siempre estaba seguro de que marchaba hacia el Este. Buscó y á duras penas encontró el camino de que le habían hablado; tomólo y principió su jornada.

Habría andado una legua y su desconfianza comenzaba á despejarse con la esperanza de llegar pronto, cuando tropezó con una grave dificultad. La carretera que seguía se dividía en tres, que á los pocos pasos se apartaban considerablemente. ¿Cuál seguir? Problema capital, de cuya solución dependía el que pudiera, al cabo de una hora, descansar bajo techo, ó el que volviera á vagar perdido por los campos, exponiéndose á morir de hambre, de frío ó de fatiga á la orilla de un camino.

Alegre estuvo un rato indeciso; volver atrás para pedir al viejo más claras indicaciones, era muy triste después de haber caminado una hora entera, aparte de que se exponía á errar la senda entre aquella niebla que no permitía distinguir un árbol de una casa á diez pasos de distancia.

Por último se decidió á seguir la que á su parecer tomaba la dirección Este.

Lleno de zozobra, de esperanza y miedo á la vez, caminó mucho tiempo.

—¡Una hora no más!, se decía Alegre, y caminaba valientemente; en una hora llegaré.

Pero aquella hora no concluía nunca, porque nunca llegaba, porque en balde sus ojos azorados se hundían en las entrañas de la niebla para divisar la ansiada población.

Lleno de angustia se detuvo.

—¡Dios mío, exclamó, si me habré perdido otra vez!

Pero era preciso andar, andar mucho hasta llegar á cualquier parte, y siguió caminando á grandes pasos, saltando unas veces los charcos de agua, rodeándolos otras y hundiéndose en ellos algunas, cuando no tenía ni fuerza para saltar ni corazón para aumentar su jornada con rodeos.

Caminó largo tiempo sin descansar, trémulo, azorado, volviendo el rostro como atacado del delirio de las persecuciones.

¡Pobre Alegre! ¿Adónde iba?

A cualquier parte, donde hubiera un ser humano como él; quería llegar á cualquier población, porque la soledad gris le aplastaba el corazón como una lápida. Quizás esa población en cuya busca iba distaba aún leguas y leguas, y él apenas podía andar ya, tenía los pies hinchados, estaba temblando de frío, rendido de fatiga y casi muerto de hambre.

Detúvose un momento; sacó el trozo de pan del bolsillo, dió su parte á Tell, el único ser viviente que había en aquel desierto y volvió á emprender su marcha.

Ya no era una caminata, era una carrera; no marchaba, sino corría, y á los pocos minutos volaba; le había dado el vértigo de las velocidades, é iba en carrera frenética, sin rumbo, desesperado, no siguiendo ya ningún camino, á campo traviesa, al acaso, cayendo en los charcos y levantándose, y corriendo sin descanso, corriendo siempre, siempre, sin detenerse un minuto, sin parar un segundo siquiera para tomar aliento.

Así corrió hasta que los músculos de sus piernas de acero se relajaron. Sólo cuando se doblaron sus rodillas y sus pies no pudieron sostenerlo, cuando sintió que su pensamiento vagaba enloquecido en la cárcel de su cerebro calcinado por la fiebre, mientras su cuerpo tiritaba de frío, sólo entonces se detuvo.

—¡Dios mío!, exclamó desde lo íntimo de su corazón; me he perdido, ¡salvadme!

Y sin aliento para más, cayó en tierra.

Allí, tendido en el barro, en el ardor de la calentura, su desenfrenada imaginación comenzó á hacer desfilar ante sus ojos atónitos, como en fantástico cinematógrafo, las escenas de su vida. Iba solo, abandonado en un bote y arrastrado vertiginosamente por la irresistible correntada de un río. En la orilla veía á su madre que le tendía los brazos, pero la barquilla se alejaba, dejándola atrás, lejos, muy lejos; mas allá estaba Enrique, su héroe, que se arrojaba al agua por salvarle, pero el bote volaba sobre las ondas y á Enrique lo estrellaba en la orilla la turbia marejada; veía después al tío Delfín que lo estrechaba contra su pecho, con toda su alma, para que no se lo llevaran de allí; pero la fuerza desconocida lo arrancaba de aquellos brazos generosos. Y el bote sobre las olas sucias y revueltas de un torrente, corría hacia el borde de una catarata. Alegre quería detenerlo y los remos se rompían, quería desviarlo y el timón saltaba, y el bote con él y su perro se precipitaba en el abismo entre una montaña de agua que les oprimía, les ahogaba, y caían, caían en la sima sin llegar nunca al fondo...

Después, no vió más.

Y el buen cura, olvidado de sus cincuenta y cinco inviernos, saltaba como un muchacho

X

EL CURA DE BRANDZEN

Y el látigo crujía.

A la verdad el señor cura, en todos los años que Dios le había echado encima, nunca vió una mañanita como aquella.

Dondequiera que posaba sus ojos dulces y bondadosos, no veía sino una humareda blanca, de un blanco ceniciento, como si los ángeles hubiesen voltado los divinos incensarios y el humo y la ceniza revueltos hubieran quedado flotando en la atmósfera.

Y nada era esto. Lo más grave era aquel frío de mil demonios que cortaba las carnes como una navaja de afeitar. En balde el señor cura se envolvía en su bufanda hasta las orejas, el punto más sensible; el airecito hasta allí se colaba.

Tan tranquilo que dormía esa mañanita, una ó dos horas antes de la en que acostumbraba levantarse, cuando de improviso lo arrancaron del lecho unos aldabonazos dados en la puerta de la calle.

—¡Que se muere D. Fulano, señor cura, y quiere confesarse!

—¿D. Fulano?, decía el cura saltando del lecho y vistiéndose apresuradamente; ¡ah, ya!, ese pobre hombre que está mal desde la semana pasada, y que vive á cinco leguas de aquí.

Eran las cuatro de la mañana á lo sumo, y ya el señor cura, bien envuelto en su sobretodo y arrebozado en su bufanda, castigaba al caballo que trotaba sobre la escarchada carretera, adivinando el camino, más que viéndolo, á los pálidos rayos de los faroles del tílburi.

Llegaron á tiempo. Pero don Fulano las lió una hora después de recibir la absolución.

Satisfecho de haber dado el pasaporte para la gloria á una pobre alma, volvió á subir en el tílburi y á castigar á su robusto alazán, de vuelta para casa.

El caballo trotaba sin miedo ya. El día era claro, aunque muy nublado. El cura rezaba y se rebullía de todos modos en su asiento, buscando la postura menos accesible al frío.

Pero el único remedio posible era meterse en su casita y tomar su desayuno bien calentito; las pobres gentes no habían podido convidarle más que con unos cuantos mates amargos.

Y pensando en esto agitaba la fusta y el látigo crujía sobre el nervioso lomo del alazán, que trotaba haciendo resonar la tierra endurecida por la escarcha bajo sus cascos herrados.

Los aullidos lastimeros de un perro arrancaron al cura de sus pensamientos.

—¡Pobre animal, habrá pasado la noche al raso!, decía buscando con la vista al dolorido can.

La neblina no dejaba ver más allá de diez pasos. Y la curiosidad del señor cura empezaba á despertarse muy fuerte al oir aquellos aullidos lastimeros, como un toque de clarín; no era un ladrido cualquiera, era un grito prolongado, cálido, que pedía, que suplicaba; un grito que llegaba al alma.

—¡Pobre animal! ¿Qué le pasará?, exclamó el cura moderando el andar del caballo.

Parecía haberse acercado al perro, porque las inflexiones de su voz se oían más claras, más suplicantes. Pero en todo lo que alcanzaba la vista á través de aquella neblina espesa como algodón en rama, nada se divisaba.

El tílburi se detuvo; el cura aguzó los oídos y hundió las miradas en la niebla. El perro había callado; después volvió á la carga con más lágrimas y más súplicas en sus aullidos.

—¡Parece que conversa!, se decía el cura traduciéndose mentalmente el lenguaje del pobre animal.

No pudo resistir, y desviándose del camino, guió el tílburi á campo traviesa en dirección al lugar de donde parecían venir los aullidos.

No tuvo que andar mucho. A los pocos pasos sujetó el caballo; veía la escena. Era un perro inmóvil delante de algo cuya silueta se dibujaba en la niebla como una mancha obscura.

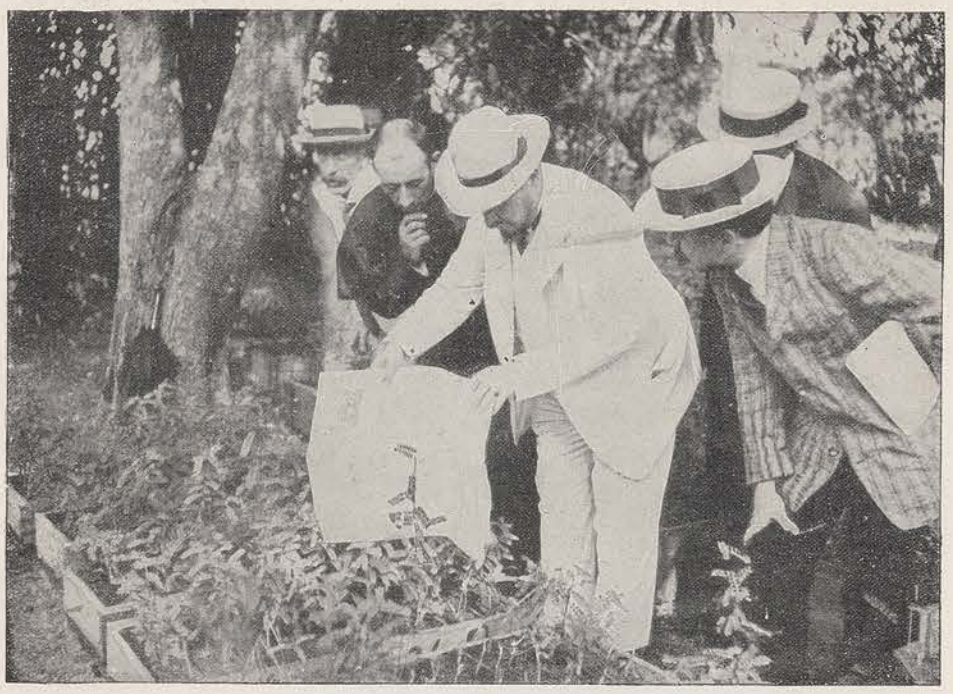
El animal, al ver aquellos inesperados personajes que entraban en su escenario, redobló sus ladridos, sin moverse del sitio. Y el cura, preguntándose siempre «¿Qué será?,» descendió del tílburi y avanzó con cuidado, temeroso del perro que podía desconfiar de sus intenciones.

(Se continuará.)

UNA PLANTA QUE PREDICE EL TIEMPO, POR HAROLDO SHEPSTONE

Una planta, común en los trópicos, va, en el porvenir, á desempeñar un papel importante en la predicción del tiempo, y lo que es todavía más importante, á prevenirnos de la proximidad de tormentas, ciclones, terremotos y erupciones volcánicas. Esta aseveración parece algún tanto atrevida, y, sin embargo, es un hecho comprobado. Tanto es así, que el descubridor de esa planta maravillosa, el profesor J. F. Nowack, viene anunciando desde 1892 los temblores de tierra que luego han ocurrido en el Japón, así como también las catástrofes ocurridas en la Martinica, San Francisco y Jamaica.

Es tanta, en realidad, la fe que los hombres de ciencia tienen en esa planta, que va á abrirse muy pronto en Denmark Hill, al Sudeste de Londres, una estación para hacer observaciones, á fin de anunciar las perturbaciones atmosféricas y sísmicas por medio del estudio de la «Planta del tiempo.» El profesor Nowack está ahora trabajando con afán para dejar montada la estación y espera poder, antes de mucho, publicar unos tratados que indiquen las variaciones del tiempo con una anterioridad que varía de los siete hasta los veintiocho días. Antes de seguir más adelante, será tal vez conveniente hacer constar que esa planta desempeña sólo una parte, aunque muy importante, en la predicción del tiempo. El sistema está fundado: primero, en el descubrimiento de la planta tropical, comúnmente llamada «planta del tiempo» y cuyo nombre botánico es *Abrus precatorius nobilis;* segundo, en los datos obtenidos por el estudio de las manchas del sol; tercero, en las estadísticas hechas de continuo de los fenómenos naturales que ocurren en el mundo, y cuarto, en estudios generales de física, geología, etc.



El profesor Nowak explicando las propiedades de la planta *Abrus percatorius nobilis* á una reunión de periodistas y hombres de ciencia de la Habana

Después de continuas observaciones de día y de noche y de cultivarla en especiales condiciones, el profesor Nowack ha descubierto que esa planta se pone tan sensible á las influencias eléctricas y magnéticas (susceptibilidad que puede con exactitud compararse á la de la brújula por los polos magnéticos), que siempre que ocurren alteraciones en la distribución de las fuerzas eléctricas y magnéticas, ya en nuestra atmósfera, ya en la tierra, las ramitas y hojas de la planta efectúan movimientos especiales y anormales, cada uno de los que tiene su significación determinada.

Por ejemplo, en cuanto aparece en el sol una mancha suficientemente grande para ejercer influencia sobre la tierra, las ramitas dirigidas hacia la parte afectada ejecutan movimientos más ó menos rápidos hacia arriba y abajo. Por la rapidez y extensión de dichos movimientos, por la dirección que señalan dichas ramitas y por la variación del color de las hojas, el profesor deduce en seguida la naturaleza, fuerza y situación geográfica de las perturbaciones que han de tener lugar en nuestro planeta unos veintiséis días más tarde, esto es, cuando la mancha haya completado su primera revolución alrededor del sol.

Los 2.400 ejemplares de *Abrus precatorius nobilis* recogidos por el profesor Nowack en la Isla de Cuba y encajonados para ser traídos á Europa

Después de descubir todo esto, á fuerza de muy prolongados estudios, con una sola planta, era necesario proporcionarse un número suficiente de ellas para montar una estación, y á este fin se organizó una expedición para cogerlas en los campos de Cuba y México. La expedición, que salió de Viena, residencia del profesor Nowack, á principios del año 1906, se componía de cinco personas. Dirigiéronse á Cuba, vía Nueva York, y llegaron á la Habana á mediados de febrero; permanecieron en la isla hasta mediados de mayo y recogieron, después de muchas fatigas, dos mil cuatrocientas plantas, que fueron embarcadas para Nueva York. De ellas, mil se quedaron en el Jardín Botánico de dicha ciudad, á petición de uno de los directores de éste, Mr. Pierpont Morgan; las otras 1.400 se trajeron á Londres. A pesar de haberse nombrado un jardinero entendido y un hábil ayudante para cuidarlas, de haberse tomado infinitas precauciones para su transporte y conducción á bordo del vapor y de habérselas cuidado con exquisito esmero, cuando hubieron llegado á Denmark Hill, sólo quedaba una de las 1.400 traídas de Cuba á Londres. Esa planta única representa, pues, un gasto de 5.000 libras esterlinas. Pero si las plantas no dieron resultado, las semillas traídas por la expedición han nacido, y en el invernadero de Denmark Hill pueden verse ahora 1.800 plantas que crecen en tierra cubana, pues se trajo gran acopio de ella desde la Habana.

Bueno será hacer constar que no todas las plantas son de la variedad cubana, pues hay gran número de *Abrus* de la India. Comparándolas con las de Cuba se ha visto que las primeras son mucho más sensibles, y por lo tanto, son, por esto mismo las más á propósito para hacer observaciones.

Nada tiene de extraordinario el aspecto de la planta; carece de flores y se compone únicamente de un largo tallo, del que parten numerosas ramitas que sostienen hileras de hojas de apariencia delicada. Sus extraños cambios son muy visibles en cuanto fija la atención el observador. El autor de este artículo visitó el invernadero una tarde á las tres y volvió á inspeccionar las plantas á las cuatro, á las cinco y á las seis. Durante ese tiempo se observaron perfectamente sus diferentes variaciones. En algunos casos, las hojas habían cambiado ligeramente de color ó se habían encogido por completo y las ramitas habían adoptado posiciones muy curiosas.

Todas esas plantas son muy jóvenes, pues, de hecho, sólo cuentan algunos meses de existencia y pocas tienen más de diez á quince hojas. Hasta que no estén completamente desarrolladas y ostenten de 150 á 200 hojas, no comenzarán á practicarse observaciones. Para estar en las condiciones que se requieren, tardan en su país de origen unos dos años; pero forzando su crecimiento se cree que las de Denmark Hill podrán predecir el tiempo dentro de poco. Todas las plantas están colocadas dando frente á un mismo lado y se han instalado en el invernadero estufas especiales para mantener en él una temperatura tropical. Manifiestan de noche la mayor actividad, lo que no deja de ser raro. Entre tres y cuatro de la madrugada, está todos los días el profesor Nowack en su invernadero examinando sus queridas plantas, porque á esas horas es cuando se realizan sus más rápidas variaciones. Otro hecho más extraordinario todavía es que esa planta misteriosa se muestra más ó menos sensible según las personas que se le acercan, lo que deja entrever la posibilidad de aplicar el estudio de sus movimientos al género humano. Por ese motivo no se permite que entren nunca en el invernadero más de tres personas á la vez.

El profesor Nowack que, dicho sea de paso, es un barón austriaco, era relativamente joven cuando hizo el notable descubrimiento de la manera de ser de esa extraña planta, y se sintió al punto dispuesto á sacrificarlo todo en aras de la ciencia. Dejó un em-

Un ejemplar tipo de *Abrus precatorius nobilis*

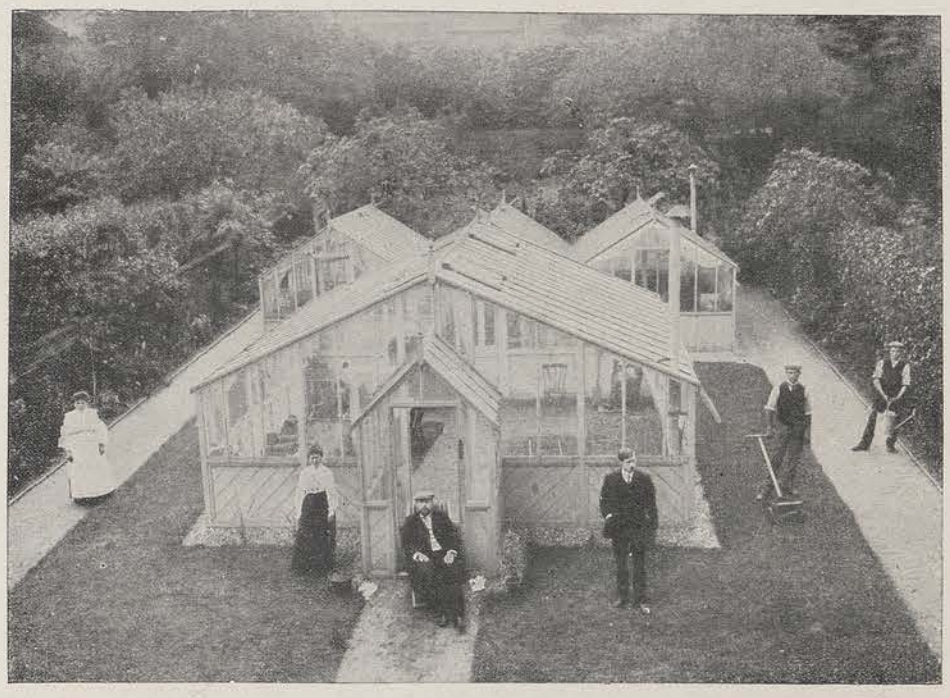
pleo del gobierno austriaco, retribuído con cuatrocientas libras esterlinas anuales y además una pensión, se expuso al enojo de sus parientes y hasta rompió un compromiso matrimonial sólo para dedicarse por completo á obtener un resultado práctico de su descubrimiento.

Fué en 1888, en la exposición del Jubileo, de Viena, cuando por primera vez se fijó la atención del público en lo mavavilloso de la planta del tiempo. No solamente exhibió el profesor cierto número de ellas en la mencionada exposición, sino que hizo algunas predicciones que dejaron asombrados á todo el mundo en Viena. El actual rey de Inglaterra, entonces príncipe de Gales, se interesó mucho por dicha planta, porque el profesor le predijo hasta la hora justa en que había de estallar una furiosa tempestad que había de desbaratar una de las Garden Parties que daba su alteza, lo que se cumplió efectivamente. El príncipe envió á buscar al adivino del tiempo, escuchó con gran atención sus explicaciones y le invitó á que visitara Inglaterra. Es probable que el interés que demostró el rey Eduardo por el nuevo sistema de predecir el tiempo haya sido lo que ha impulsado al profesor Nowack á establecer en Londres una estación. Ya tiene la instalada en Viena y piensa abrir otra este año en Nueva York. A estas seguirán las que piensa fundar en Bombay, Tokío y San Francisco.

Muchas personas, oyendo lo que se dice de este sistema, se admirarán de que no se haya adoptado antes. Ha sido sencillamente una cuestión de dinero. Muchos son, sin embargo, los que están convencidos de lo valioso del sistema. La intención del profesor Nowack es que se utilice de él el mundo entero y no determinadas individualidades ó compañías, y por este motivo no ha aceptado tentadoras proposiciones para el exclusivo uso de su sistema, hechas por los gobiernos austriaco, francés, alemán y ruso, por el sultán de Turquía, por el Lloyd y otras grandes compañías.

Podríamos citar casos concretos de predicciones, de una exactitud maravillosa, hechas por el profesor como resultado del estudio de esa planta admirable. Ya en el año 1892 entregó á las principales asociaciones científicas de Inglaterra ejemplares de un estado hecho el año anterior, donde estaban anotadas todas las grandes perturbaciones, así atmosféricas como sísmicas, que han de ocurrir de entonces al año 1918. Hasta ahora todas se han realizado. Según él, hemos de saber muy pronto que ha ocurrido un terrible desastre en las inmediaciones de Teherán, Persia, seguido de una catástrofe en la Habana. En 1918 ocurrirán, según ese maravilloso sistema, terribles terremotos en Colombia.

En 1892 el profesor Nowack manifestó á S. M. el rey de Italia que en Sicilia, entre junio y agosto del año siguiente, ocurrirían grandes temblores de tierra, después de haber tenido erupciones simultáneas el Etna y el Vesubio, todo lo cual se cumplió al pie de la letra. Dió cuenta á la embajada imperial turca en Viena, el 14 de julio de 1894, de que al día siguiente se había de experimentar en Constantinopla y sus cercanías un temblor de tierra. La predicción se cumplió con gran asombro de S. M. el sultán. Además el profesor predijo los terremotos de Andrinópolis en 1895 y de Salónica en 1902. Advirtió personalmente al sultán, tres meses antes, el temblor de tierra que ocurrió en Constantinopla en mayo de 1903. También vaticinó la explosión de grisú que tuvo lugar en el Staffordshire en 1889 y que costó la vida á 70 personas.



Estación instalada por el profesor Nowack en Denmark Hill, cerca de Londres, para hacer experimentos con la *Abrus precatorius nobilis*

Hay otra cuestión importante que parece se resolverá por medio de la planta del tiempo, y es la de conocer con anterioridad los naufragios. Un atento estudio ha demostrado que, cuando prevalecen presiones barométricas mínimas ó máximas muy bajas, éstas influyen tanto en la brújula, que los buques se apartan mucho de su rumbo. En un tratado científico sobre esta materia, se prueba que el naufragio completo del *Drummond Castle*, ocurrido en 16 de junio 1896, cerca de Ushant, en el que perecierod 240 personas; que el del cañonero alemán *Iltis*, en 23 julio 1895, en la costa de Shantung, China; el del vapor del Lloyd del Norte de Alemania *Salier*, en 8 diciembre 1895, en el cabo Corumbeta, España, en el que perecieron las 281 personas que había á bordo, incluso el práctico, no fueron debidos, como generalmente se cree, únicamente á las fuertes corrientes y derivas, sino también á las desviaciones de la brújula ocasionadas por las alteraciones atmosféricas y sísmicas que entonces ocurrían.

Parece ser que los fenómenos más destructores y temibles son precisamente los que la planta del tiempo indica con mayor exactitud y antelación. Así, pues, aquellas grandes perturbaciones que hasta ahora no podían ser previstas ó por lo menos no podían serlo con la antelación necesaria para tomar medidas de precaución, á fin de que no se perdieran vidas y haciendas, se indican con más precisión que las menores y menos mortíferas. Con verdad, pues, se podrá decir que el *Abrus*, en manos del hombre de ciencia, es el adivino de los desastres próximos.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PECHO IDEAL
Desarrollo – Belleza – Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

París.—El accidente del lago del Bosque de Bolonia. Trabajos para extraer del agua los cadáveres

(De fotografía de M. Rol y C.ª)

En la tarde del día 14 de los corrientes ocurrió un grave accidente en el lago del Bosque de Bolonia, sobre cuya superficie helada patinaban multitud de aficionados. Hay en aquel lago varios sitios peligrosos, en donde el hielo no tiene bastante dureza y que están señalados con unas estacas de las cuales nadie puede pasar. A pesar de esta prohibición, un patinador cometió la imprudencia de aventurarse por uno de aquellos sitios y cayó al agua; inmediatamente otros varios que habían presenciado su caída se lanzaron á socorrerle, pero el peso de tanta gente rompió el hielo, y todos se hundieron, si bien pudieron ser salvados en su mayor parte, gracias á los heroicos esfuerzos de algunos individuos que acudieron en su auxilio.

Inmediatamente se presentaron en el lugar del suceso numerosos bomberos y varias brigadas del servicio fluvial del Sena que, á la luz de poderosos reflectores eléctricos y provistos de largas perchas y cuerdas con garfios, registraron el agua, retirando los cadáveres de dos muchachos de quince y diez y seis años. Reanudados á la mañana siguiente los trabajos de salvamento, no dieron resultado.

Dos han sido, pues, las únicas víctimas del accidente que fácilmente habría podido ser una espantosa catástrofe y á consecuencia del cual dícese que se prohibirá en lo sucesivo el patinaje por el lago, sobre todo teniendo en cuenta que el público, desoyendo los avisos de los agentes y no haciendo caso alguno de las señales puestas, se lanza á patinar imprudentemente por sitios que ofrecen verdadero peligro, y da ocasión á lamentables accidentes, como el actual.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN